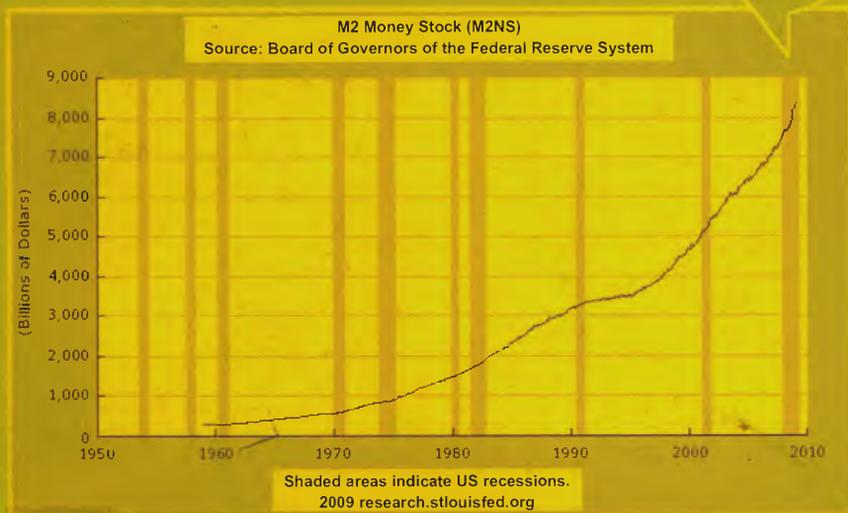


La mano que mece la cuna

Las verdades ocultas detrás
de los vaivenes económicos



Olmedo Miró Rodríguez

La mano que mece la cuna

Las verdades ocultas detrás
de los vaivenes económicos

Olmedo Miró Rodríguez

338.9

M678 Miró Rodríguez, Olmedo

La mano que mece la cuna : las verdades ocultas detrás de las
tendencias económicas / Olmedo Miró Rodríguez. -- Panamá :

Editorial Culturama Internacional, 2009.

109p. ; 21 cm.

ISBN 978-9962-8964-0-1

1. ECONOMÍA -- PANAMÁ 2. POLÍTICA ECONÓMICA

I. Título.

Primera Edición. 2009

Editorial Culturama Internacional

www.semanarioculturama.com

David, Chiriquí. Tel. 730-4010

Impresos Modernos, S.A.

David, Chiriquí. Tel. 775-3015

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
<i>Prólogo</i>	
El precio de la información.....	1
Mariano Rivera y el salario mínimo.....	3
¿Por qué somos pobres?.....	6
En defensa de las ganancias.....	9
Sobre la riqueza de todos.....	12
El capitalismo y el «error».....	15
Demos una oportunidad a los pobres.....	18
Sobre cómo se conserva una democracia.....	21
La falacia del circulante.....	24
<i>La Ley</i> , Bastiat y nuestros legisladores.....	27
El endeudamiento estatal y el sangrar de los pueblos.....	30
Tras cien años de nuestro mejor negocio.....	33
En el año que viene.....	35
Las promesas cuestan.....	38
Promesas de ocasión.....	41
El cuidado que debemos tener al hablar de la mala distribución de la riqueza.....	44
¡Qué ironía!.....	47
La mano que mece la cuna.....	50
El otro Centenario.....	53
El salario mínimo y la pobreza.....	56
¿Modelo económico de Panamá?.....	59
Guía práctica para el problema de la CSS.....	61
¿Es el capital poderoso?.....	64
El significado de Hernando de Soto.....	67
Hacia una revolución tributaria.....	69

Nuestros gobiernos y nuestra economía.....	71
Propiedad privada y derechos humanos.....	73
Acerca de la riqueza.....	76
El asesino silencioso.....	78
Esto no es capitalismo.....	80
El acaparamiento como virtud.....	82
¿Por qué será mejor callar?.....	84
¿Es el crecimiento económico inflacionario?.....	86
¿Qué pasó con mis dólares?.....	88
El valor del oro. Una propuesta con peso.....	90
Crónica de una crisis anunciada.....	92
Cuando caer es subir.....	95
El principio de incertidumbre.....	98
Pirámides que no son de Egipto.....	101
Conservación y recursos.....	104
Gráficas.....	107
Referencias.....	110

PRÓLOGO

Vivimos tiempos interesantes. Para nuestro país la primera década de este siglo es prueba de ello. En términos económicos hemos pasado de una recesión incipiente, el mal llamado “efecto Mireya”, a un boom sin precedentes en la historia nacional. Hoy estamos a la expectativa de si los vientos de la tormenta financiera global se tomarán hacia Panamá.

La presente obra es una colección de ensayos publicados en el diario La Prensa de Panamá, desde 2003 hasta el presente. Ensayos que exterioricé inicialmente como miembro de la Fundación Libertad, un grupo dedicado a promover los principios de libertad económica y, sin haber abandonado este propósito inicial, se han convertido en un testimonio de los acontecimientos económicos de Panamá y el mundo a lo largo del último lustro.

La mano que mece la cuna, como la película de misterio de la cual extrae su nombre, pretende exponer aquellos sutiles pero determinantes fenómenos tendientes a provocar que nuestra economía “suba o baje” ¿por qué sube o baja la economía?, ¿quiénes son los verdaderos héroes o culpables de todo esto?

Responder aquellas preguntas, sin caer en el eterno tira y jala de las posiciones políticas, requiere crear un marco conceptual, no producto de una opinión impetuosa, sino de la aplicación de los postulados de una disciplina de pensamiento basada en el estudio de la praxis o práctica, del cómo el individuo usa sus medios para llegar a un fin. La sociedad y sus leyes surgen de manera espontánea como consecuencia de esta “acción humana”. Las herramientas para construir este sistema de análisis no son generadas por la casualidad, sino el resultado de un conjunto de leyes fundacionales de una escuela de pensamiento conocida como “la escuela austriaca de economía”, la cual brinda una visión sistematizada y pormenorizada del hombre en sociedad que, en mi opinión, representa el más completo y acertado procedimiento para explicar el funcionamiento de la colectividad humana.

¿Qué es la escuela austriaca de economía? Es una escuela de economía fundada sobre los siguientes principios:

1. El hombre actúa.....Sí. Se cae por su propio peso esta aseveración. No requiere más explicación.
2. El hombre actúa como consecuencia de sus **propósitos**. Actuar no es un acto aleatorio, es producto de una voluntad.
3. Consecuencia de estos actos volutivos, el hombre valora las cosas de una manera que escapa al juicio externo u objetivo. Son medios para alcanzar un fin. Es una valoración subjetiva. El valor que obtengan las cosas puede ser como un fin o como un medio, pero siempre en función del individuo actuante. Esto es lo que se llama subjetivismo metodológico, consecuencia de que toda acción implica intercambio o selección de oportunidades.
4. El valor de las cosas se plasma por tras haber sido apropiadas por un individuo. Otra vez, las cosas no valen por sí mismas (no obtienen valores objetivos) valen en función del individuo actuante.
5. La división del trabajo maximiza la riqueza del individuo, de allí la necesidad de actuar en sociedad.
6. La información es limitada, por lo tanto su adquisición tiene un costo.
7. Toma tiempo hacer las cosas y el tiempo también es limitado.
8. Para que el intercambio entre individuos actuantes se produzca eficientemente es necesario un medio indirecto, como el dinero, cuyo valor se derivará de su utilidad y fiabilidad, producto del consenso valorativo entre individuos. En pocas palabras, su liquidez o “mercadeabilidad”. Este es el “valor del dinero”.
9. El resultado de todo esto es la compleja sociedad moderna en la que vivimos, donde todos los productos consumibles, por simples que sean, son el resultado de complejas interacciones productivas, resultado de la división del

trabajo. Estas relaciones productivas no son complejas solo por su tamaño (cuantitativo), sino también con base en su carácter cualitativo. El orden, el tiempo y el tipo de los factores de producción *sí importa* y este orden de los factores es el resultado del intercambio voluntario entre personas con base a un dinero “honesto”.

Estos son, a grandes rasgos, los fundamentos de la escuela austriaca de economía que contrastan diametralmente con los fundamentos de la economía convencional, esa que se enseña en el 99% de las universidades donde tratan al ser humano como la molécula en una ecuación de la física puramente reactiva al estímulo externo y privado de comportamiento volutivo; además de asumir el conocimiento perfecto como norma en sus modelos de equilibrio. Nada más fuera de la realidad, pero imprescindible en sus propósitos para hacer funcionar sus grandilocuentes modelos econométricos. Esos que dicen que la economía crecerá entre 2.8% y 3.2%. ¡Ojalá, yo pudiera manejar mi presupuesto familiar con semejante exactitud!

Los métodos utilizados en la escuela austriaca de economía se convierten en una herramienta poderosa y, más importante, práctica para entender los fenómenos que ocurren diariamente en sociedad.

El lápiz

Leonard Read, un destacado economista de tendencias austriacas, argumentaba que uno de los grandes problemas en la enseñanza de la economía era que la gente no llega a percibir la profundidad y complejidad de la estructura del capital. La gente está acostumbrada a entender el fenómeno económico como un fenómeno de gasto y consumo. Que de alguna manera los productos salen de alguna caja mágica guardada por los fabricantes.

Leonard Read tomaba un lápiz en la mano y le preguntaba a la audiencia: «¿puede alguien, solo una persona, en el mundo entero

construir un lápiz como este?» La respuesta es tan simple como sorprendente, nadie en el mundo puede hacer un lápiz moderno por sí mismo.

Sí, aunque usted no lo crea, es así, detrás de un humilde lápiz existen miles de personas con cientos de recursos y habilidades alrededor de todo el mundo colaborando en su construcción. Desde las personas que sembraron la madera décadas atrás; los agrónomos que la manejan; el cobre que lleva para sostener el borrador; la electricidad para mover las fábricas; el transporte para mover los materiales. Estos son millones de personas en todo el mundo que colaboran de manera armoniosa para producir un lápiz que compras a “cuara” en la tienda del chinito convenientemente localizada en la esquina de tu barrio (Principio 5).

Todo esto toma tiempo. Desde que se planta la semilla de lo que será el árbol del que se sacará la madera para formar el lápiz. O los ingenieros que acuden a las universidades para aprender las habilidades requeridas para generar la electricidad necesaria para la construcción de este lápiz. Todos estos procesos demoran tiempo, posiblemente lustros. Esto no lo cambia nadie, es el mundo real y, para que esto pueda darse, será necesaria, para los individuos que proveen recursos para la fabricación de lápices, la postergación de **su consumo presente a cambio de un mayor consumo futuro**. Lo que en términos usuales se llama ahorro. Y la diferencia que hay entre el esperado mayor consumo futuro producto del sacrificio del consumo presente es lo que se llama “intereses”. Y si la gente no está dispuesta a dar este sacrificio por un mejor futuro, simplemente no habrá lápices en el futuro una vez se consuman los existentes. (Principios 6 y 7)

Ojo, sucede que todos estos procesos de postergar el consumo presente para lograr mayor consumo futuro no ocurren como procesos automáticos ni accidentales. Son productos del liderazgo, sacrificio y entendimiento de una clase especial de individuos llamados empresarios. Es en su habilidad de entender las necesidades futuras de sus clientes donde se encuentra la clave de su éxito y la

ganancia (que se diferencia de los intereses con base en que los intereses son predecibles mientras que las ganancias solo resultan de las predicciones correctas de los empresarios en desplegar productos correctamente). Hay algunos que son mejores en esto que otros (Principios 2 y 3). Saber leer esas necesidades es tanto un arte como una ciencia, pero de esto depende el éxito económico de una sociedad.

Ludwig von Mises, considerado como el gran maestro de la escuela de economía austriaca, decía que, por encima de todo, el libre mercado “es un sistema cooperativo” que se extiende mucho más allá de las afiliaciones de sangre, nacionalidad o cultura. Un japonés y un panameño pudieron fácilmente haber colaborado en la construcción de ese lápiz sin haberse dado cuenta. Colaboración coordinada por empresarios.

Ahora ¿cómo los empresarios hacen toda la proeza de coordinar procesos tan complejos como los antes descritos? Bueno, ellos calculan sus posibilidades utilizando una herramienta clave llamada dinero. El dinero es para el empresario, tal como el sistema métrico para un ingeniero, la herramienta con que se expresan la escasez o la abundancia relativa de recursos en la sociedad, la herramienta con la que se facilitan las transacciones debido a su gran liquidez o mercadeabilidad y su producción también mantiene las limitantes reales de cualquier otro producto. Con base en el dinero, o su costo expresado en precios y en tasas de interés, el empresario distingue la disponibilidad de recursos reales para embarcarse en proyectos con recursos específicos y plazos más largos. Sin embargo, existe una pequeña trampita en esta herramienta y se ha hecho más evidente en los últimos años.

Estos tiempos interesantes, «la trampita».

Ahora sabemos que el dinero se origina en el más “mercadeable” o líquido de los productos. Aquel que es más aceptado por todos, porque es útil, fácil de entender, fácilmente maleable y acumulable. Varios tipos de productos han sido utilizados como

dinero. Desde los cigarrillos en los campos de prisioneros de guerra a la sal que usaban los romanos (de allí la palabra salario). Pero el más comúnmente usado a través de todos los tiempos ha sido el oro. Metal que cumple mejor con todas las características descritas.

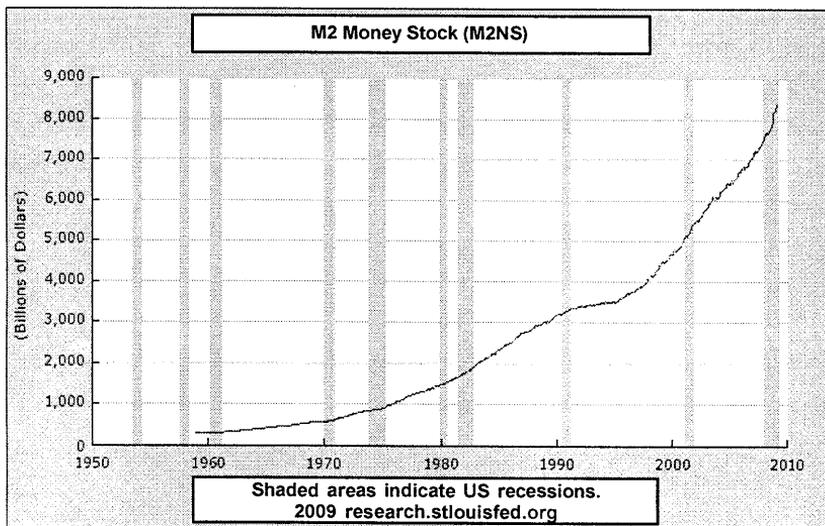
Por muchos años, por razones prácticas, la gente guardaba este producto mercadeable, que llamamos dinero, en negocios que hacen la labor de depósitos de dineros y que con «certificados escritos» garantizaban la existencia de esa materia dineraria de sus clientes y así facilitaban las transacciones. Ya la gente no iba a tener que llevar bolsillos rotos por portar monedas, de oro y plata en la mayoría de los casos. El oro se verá como la moneda por excelencia.

Poco a poco estas entidades de depósitos, eventualmente llamadas bancos, fueron descubriendo que podían dar prestado ese dinero sin que sus clientes, depositantes, se dieran cuenta. El resultado para la sociedad como un todo fue que se expandía la cantidad de dinero de manera artificial, creando un “boom” que colapsaba cuando la gente reclamaba sus depósitos.

Los gobiernos que también eran beneficiarios de estos dineros fraudulentos poco a poco descubrieron maneras de proteger a los bancos del reclamo de sus depositantes con varios métodos, entre los cuales estaba la degradación del dinero circulante y, la cartelización obligatoria de los bancos alrededor de una banca central controlada por el Estado. Pero por lo menos siempre existió una base monetaria en oro hasta que, en 1971, por la imposibilidad de financiar el enorme gasto del gobierno norteamericano la administración de Richard Nixon dejó de conectar el dinero en papeles circulantes con el oro en el que supuestamente se basaba. A partir de ese momento, el dinero perdió su ancla con la realidad.

La historia mundial, o para ser más precisos, la historia económica del mundo tiene un elemento en común que aparece en cada episodio relevante de la misma: el dinero dejó de ser honesto en 1971.

Dinero efectivo más depósitos corto plazo. 1950 -2010



Fuente: Reserva Federal, EE.UU.

Cuando hablo de que el dinero dejó de ser honesto, no me refiero al lavado de dinero ni a dinero mal habido. Me refiero al hecho de que el dinero perdió cualquier ancla con las limitantes del mundo real, perdió su ancla con el oro o cualquier otra materia real que necesite «esfuerzo en su producción». Hoy el dinero no se respalda en nada y se puede crear de la nada. Los banqueros centrales del mundo lo pueden crear a su arbitrio. Sin embargo, en el nivel global (luego del Convenio de Bretton Wood) se ha ido centralizando alrededor de la que actualmente es la moneda reserva del mundo: el dólar americano. Esto, como la falsificación legal de dinero (que lo es), ha permitido que un país o un grupo limitado de países consuman sin tener que producir a cambio, estafando a pequeños países que no pueden hacer lo mismo y necesitan de estas divisas. Pero más que estos pequeños países, los estafados incluyen habitantes de países ricos o pobres que no son dueños de activos de capital ni tienen acceso privilegiado a los grandes centros de crédito emisores de este «dinero».

Los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres.

Incidentes como la crisis de la deuda latinoamericana de los 80s, pueden ser fácilmente relacionados con esta realidad. Otros incidentes como las crisis mejicanas del 94 o la argentina del 2000 y, si nos vamos más lejos, la asiática del 98, todas caen bajo la misma explicación.

¿Cómo explica la escuela austriaca estos incidentes? Como vimos en el principio 7 el dinero es un medio de intercambio y no un fin. El dinero funciona con base en la confianza, en su constancia, en el sentido que producir más de él costará el equivalente de lo que el adquiere. De otra manera, si su oferta sube arbitrariamente, su precio (el del dinero) descenderá relativo al artículo adquirido. Ahora, al no haber límite sobre la producción u oferta de dinero, la creación de dinero entra a depender del arbitrio de los bancos centrales y los carteles de bancos que giran alrededor de ellos. Esto podrá llevar a una subida general de precios que cancelará el incremento en la masa monetaria. **Si esto fuera todo no habría problemas, porque como se establece en el principio 6, la información es limitada, no se sabe cómo afectara este aumento en la oferta la estructura de precios en la economía ni en qué tiempo lo hará. Así se crea el fenómeno de la no neutralidad del dinero.** En un caso como el descrito, el que primero gasta (el emisor del dinero) adquirirá los productos al precio “viejo” de antes de la creación del dinero nuevo. Mientras que, el receptor de los nuevos dineros todavía manejará costos “al precio viejo” y con la nueva demanda sus ventas aumentarán incrementando así su ganancia. Esto causa una sensación de “riqueza” o abundancia que es falsa (principio 6), lo único que hay son más papeles o dinero creado de la nada. Cuando las personas son engañadas pensando que son más ricas, empiezan a tener gastos que no son sustentables con los ingresos reales (producción) de la sociedad, sucede un desajuste de la estructura productiva,

desajuste provocado por una falsa premisa de riqueza que solo será descubierta cuando los precios en toda la estructura de producción se equilibren a la nueva oferta monetaria. Pero para cuando esto llegue será muy tarde. Muchos proyectos iniciados pensando en una ficticia nueva riqueza, tendrán que ser cancelados abruptamente y se despilfarran enormes recursos “reales” de la sociedad. En pocas palabras, una crisis económica.

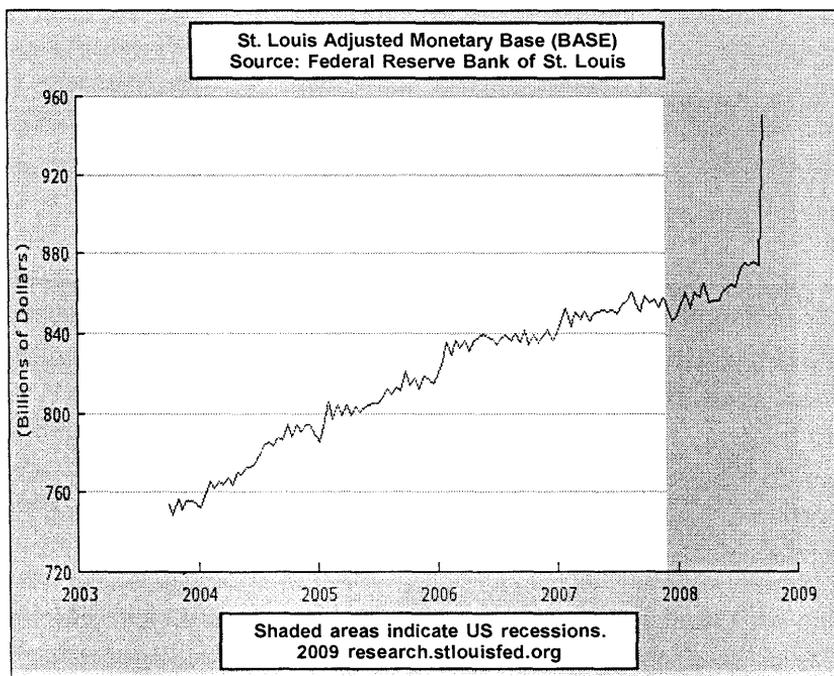
Es algo así como meterse a construir una casa que requiere 10 mil ladrillos y el bodeguero te informó que tienes suficiente, cuando en realidad tienes 6 mil. El resultado es una casa a medio terminar que en realidad no es una casa. Su valor práctico es cero. Quizás si la hubieras hecho más chica para acomodar los 6 mil ladrillos sí tendrías una casa, pero alguien te mintió y ahora tienes una casa sin terminar y utilizaste los 6 mil ladrillos que tenías. ¡Te hundiste! (El bodeguero del mundo en los últimos años fue Alan Greenspan)

Otro ejemplo es viajar por un desierto en un auto con un indicador de combustible defectuoso. Cuando sales de la ciudad y te adentras en el desierto vas muy emocionado pensando en el día que tienes por delante. Pasas por la estación de combustible y no te detienes: “eso toma tiempo y tengo suficiente combustible”, piensas. Más adelante, cuando tu auto se detiene y descubres que nunca tuviste combustible suficiente, las consecuencias pueden ser catastróficas ya que no tienes recursos para regresar a la estación o algún lugar para tomar agua. ¡Todo se hubiera solucionado deteniéndose un momento a tomar combustible!

¿Suena familiar? Bueno, solo unas cifras, un poco de historia monetaria: tomó casi trescientos años de la historia de EE.UU, hasta 1974, crear un circulante en la economía de un trillón* de dólares. Tomó menos de 4.5 meses, crear un trillón adicional de circulante en el 2008. Sin contar con los otros tantos trillones creados en los últimos años después de 1971.

* Trillón: Escala corta o sistema americano = 10^{12}

Base Monetaria. 2003-2009



Fuente: Reserva Federal de EE.UU.

Esta ha sido y será nuestra pesadilla. Nosotros tenemos que generar nuestros dólares, parafraseando el anuncio, piña que va pa' Austria a piña que va pa' Austria; vendiendo metro cuadrado a metro cuadrado de nuestro territorio. Ellos, solo tienen que teclear una computadora, sus dólares son infinitos mientras nuestros metros cuadrados y piñas son estrictamente limitados.

¿Suena familiar? Bueno, en los últimos cinco años hemos tenido el más grande boom económico en la historia de nuestro país y en vez de ser una prosperidad para todos, vimos cómo los dueños de activos se hacían más ricos mientras que el poder adquisitivo del asalariado panameño disminuía cada vez más. Y a eso le llamamos, "crecimiento económico". Cosa que fue todo lo contrario, fue una farsa, una mera redistribución de la riqueza hacia los que más tienen.

En economía el orden de los factores sí importa y mucho. El capital y su función logística.

Debido a la importancia de este tema en el entendimiento del cómo y por qué de las crisis económicas, es importante seguir explicando qué quieren decir los austriacos con “sensación falsa de riqueza” y su rol en desencadenar crisis económicas.

Tener una información correcta acerca de cuánta riqueza tiene uno disponible es fundamental para organizar el orden de los factores aprovechables, a uno como individuo o para la sociedad. Cuando uno sabe que tiene una gran fortuna a su disposición es obvio que uno ordenará sus actividades de manera distinta, más diversión y menos trabajo, frente a una persona que no dispone de semejante fortuna. Lo mismo sucede en sociedad, la única diferencia es que en ésta lo que cambia es cómo se organiza la “división del trabajo”. Una sociedad que se sabe rica organizará su división del trabajo de una manera distinta a la pobre. Por ejemplo, una sociedad rica dispondrá de más personal y capital para el turismo y la diversión, que una pobre.

Como ya se ha explicado, en el nivel de una economía macro o la economía como un todo, el dinero no es riqueza sino un medio de intercambio y medición que indicará a los empresarios, cuando no se le altera, la disponibilidad de recursos para embarcarse en tipos específicos de proyectos. Por ejemplo: intereses bajos indicarán a los empresarios la existencia de suficientes recursos reales para embarcarse en proyectos a más largo plazo y poderlos llevar a su compleción (que existan suficientes ladrillos para el tamaño de casa que se quiere construir). Otra información: el sistema de precios relativos (cuánto valen los ladrillos respecto a las casas, por ejemplo, o los ladrillos versus el arroz) le indicará a los empresarios cuáles cosas es preciso producir con prioridad y cuáles recursos están disponibles para su producción.

En una economía macro muchos proyectos se pueden estar dando a la vez, sin embargo, mientras más compleja sea esta

economía o más especializada sea el orden de estos proyectos en el tiempo se vuelve crítico. La economía adquiere un carácter “logístico” cuando el orden o secuencia de los proyectos se convierte en un factor aun más crítico que su magnitud.

Es como cuando me decía un ingeniero que, en un edificio promedio, el costo de las fundaciones del edificio equivalen al 10% de edificio total. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué un edificio que vale 100, sin fundaciones vale 90? No, un edificio sin fundaciones vale cero o nada, ya que un edificio sin fundaciones colapsará, no es un edificio. Y los materiales que se fueron en el edificio ¡se perdieron por completo! El cemento utilizado en el edificio ya no se puede «sacar» para emplearse en otra cosa. Y así las cosas, si descubres que un edificio no tiene fundaciones y llevas gastado 50, lo detienes de inmediato antes de que destruyas “40 más” en cemento y materiales.

Esto es lo que yo llamo, función logística en la economía.

Y esta logística comienza con el hecho de que los ahorros, siempre, siempre, preceden a las inversiones.

Para la economía mundial, en la última década, debido a las bajas tasas de interés creadas artificialmente, por ejemplo, se daba un incremento en el consumo de automóviles de alrededor de 20% anual, al mismo tiempo que la producción petrolera no aumentó un ápice desde 2005. Es obvio que muchos automóviles iban a quedarse sin combustible si las cosas seguían así. ¿Y por qué no correr a producir más petróleo? Bueno, eso está bien, pero resulta que el proyecto petrolero promedio -desde la concepción hasta que salga el primer barril- demora alrededor ¡de 10 años! Y eso sin contar que la producción de autos y casas consumía buena parte del acero necesario para la industria petrolera. **No hay tal cosa como una inversión gratis.** En un mundo de recursos limitados como en el que vivimos, utilizar más recursos para un proyecto A significa que tendremos menos recursos para el proyecto B o para el consumo presente.

Esta función logística contrasta diametralmente con la “linealidad” de los modelos estadísticos y econométricos que tratan de describir la economía como un globo al que solo hay que inflar y nada más: “la economía creció 7.2% este año y eso es bueno”. De allí su sorpresa, la de los economistas convencionales, al ver la economía mundial pasar del cielo al infierno en tan poco tiempo. Esto, sin considerar la continuidad de sus errores al sugerir que el gasto del gobierno debe sustituir el consumo de los particulares que colapsa “racionalmente” al ver la falta cometida.

¿Qué es el crecimiento económico verdadero?

Lastimosamente esta es una pregunta que tiene que ser aclarada ya que con toda esta estafa monetaria se vuelve cada vez más difícil diferenciar lo bueno de lo malo.

El crecimiento económico simplemente significa hacer más por menos. Que la vida se haga más fácil y menos trabajosa. Esto viene solo a través del uso más eficiente de los recursos de la sociedad, a través del crecimiento en las herramientas necesarias para este propósito, el capital. Este capital puede ser capital intelectual, conocimiento de cómo hacer mejor las cosas (la palabra capital viene del latín “cápita” que significa cabeza) y también puede ser a través del capital físico: minas, fábricas, etc.

El crecimiento económico, definitivamente, no significa una subida general de precios en los activos de capital o los de consumo durables como las casas, como se ha venido dando. Esto en realidad es empobrecimiento o inflación monetaria.

El crecimiento económico solo se manifiesta cuando la gente destina los recursos reales suficientes para hacer más grandes y eficientes las herramientas de producción para satisfacer nuestras necesidades con mayor eficiencia o sea, más por menos. Se abaratan los costos de capital. Las redes de pescar se hacen más baratas. La vida para todos, repito, se hace más fácil y menos trabajosa.

El crecimiento económico es función directa del ahorro en la sociedad.

El ahorro real en este caso significa destinar recursos reales del consumo presente al consumo futuro. Como dedicar más tiempo al estudio en vez de dedicarlo a la fiesta. O utilizar combustibles para cultivar alimentos en vez de salir de viaje.

Confundir el crecimiento de precios en los activos de capital (bolsa de valores, bienes raíces, etc.) es cometer el gran error de confundir un “boom” provocado por una inflación crediticia antes descrita (boom que eventualmente termina en crisis deflacionaria) con el crecimiento verdadero que es hacer el capital más eficiente y productivo.

Es por eso por lo que no es una coincidencia, que las grandes depresiones económicas han sido justo precedidos por un gran “boom” en la economía.

Por otro lado, el decrecimiento general de precios, producto del colapso de la inflación crediticia, no significa empobrecimiento, sino una redistribución de recursos; es, hasta cierto punto, una cura para la enfermedad.

Las crisis económicas surgen de las distorsiones de precios causadas por la manipulación monetaria organizada a través de los bancos centrales que inicialmente dan la impresión de abundancia cuando en realidad no la hay. Dan la impresión de que hay suficientes recursos para consumir y suficientes ahorros para invertir bastante, cuando en realidad no los hay.

Las crisis económicas surgen cuando hay un desfase entre los ahorros reales y la inversión total en la sociedad.

Otra vez la metáfora del constructor que pensaba que tenía 10 mil bloques para terminar una casa cuando en realidad solo tenía 6 000. La casa quedó a medio terminar que es lo mismo que no tener casa.

Cuanto más rápido se detenga la construcción de la casa para corregir el error, menos costoso será. Por eso, para los austriacos **la recesión es la cura; mientras el boom, la enfermedad.**

Los apologistas.

Después de los trágicos incidentes del 11 de septiembre de 2001, cuando ya se sabía que EE.UU. iba a entrar en guerra, en Afganistán, el presidente George Bush en un discurso, preocupado por la crisis económica que se cernía, habló del sacrificio que los soldados iban a hacer en la guerra, pero también dijo, para el resto de los americanos: “go shopping go to Disney World”, “vayan de compras, vayan a Disney World”. Un consejo completamente contrario. Esta manera de pensar contrasta radicalmente con la política económica que llevó EE.UU. antes de ir a la Segunda Guerra Mundial, donde el país entero tuvo que ir a un racionamiento feroz, desde el azúcar a los automóviles, para destinar todos los recursos disponibles al esfuerzo bélico. Este discurso muy bien puede simbolizar el inicio de la más grande orgía consumista en la historia de este gran país, justo en medio de una de las guerras más costosas de su historia. El discurso de Bush destaca el triunfo del keynesianismo en el convencionalismo político de EE.UU. y del mundo entero.

Hoy, cuando uno levanta el periódico, en la sección económica, uno no deja de encontrarse con titulares como: “Suben las compras de autos creando una inyección económica de tanto”; “Los carnavales generarán tantos millones en aporte para la economía”; “El consumo decrece anunciando una recesión”; “El gobierno necesita aumentar su gasto como medida contracíclica”; “El consumo es el 70% de la economía”.

Todo este tipo de titulares usan como premisa una falacia económica, difundida por una corriente económica que fluye diametralmente opuesta al pensamiento de la escuela austriaca. Y esta falacia se basa en la siguiente confusión: Mi gasto es el ingreso de otro. Por lo tanto, el gasto de todos es el ingreso de todos. Así, al aumentar el gasto de todos, el ingreso de todos aumenta.

En la superficie, esta manera de pensar parece lógica pero un análisis más profundo nos lleva a pensar que existe una lógica circular. De algún modo indica que nosotros podemos gastar hacia nuestra prosperidad, pero esto no suena bien. En ella algo falta pero, ¿qué es?

Si han venido siguiendo mi escrito se habrán dado cuenta que lo que falta en esta lógica es el capital, es la estructura del capital, producto de los ahorros, lo que nos dio todas las herramientas para producir esos productos consumibles.

Porque esa idea de que mi gasto es el ingreso de otro solo funciona cuando los productos ya están terminados y solo tiene que pasar de una mano a la otra. Pero tú no puedes consumir lo que no existe. De la misma manera que tú no puedes producir con las herramientas (capital) que no tienes.

Recuerden que en la vida real no hay tal cosa como una “inversión gratis”; toda inversión es producto de la cesación del consumo en algún lado y por alguien, un ahorrista (y esto incluye inversiones en infraestructura, tan promovidas por los keynesianos más de izquierda). Sin embargo, este tipo de falacia fue utilizada con habilidad por quien se convirtió en el economista más influyente en la historia, John Maynard Keynes, quien truculentamente utilizó esta forma de pensar para explicar la gran depresión de los treinta. Y para lograrlo hizo algo impresionante: eliminó el capital* y su estructura del análisis económico. Igualó el ingreso con el consumo y justificó el gasto estatal sin control.

* Este escrito es demasiado breve para entrar en detalles acerca de una acusación tan grande que parece inverosímil. A quienes quieran conocer más sobre este tema les sugiero, con todas mis fuerzas, que traten de adquirir el libro *Time and Money* de Roger Garrison. Esta obra también se puede conseguir en español, edición de Unión Editorial de España. Para quienes quieran una explicación menos técnica, escuchen las conferencias de Roger Garrison y Joseph Salerno en mises.org. Lastimosamente solo están en inglés.

Todo el pensamiento económico convencional que siguió a Keynes peca del mismo defecto, obviar el capital. Desde Knight, Samuelson, Friedman, Sollow, Stiglitz, Krugman, etc. Tanto es así que el presidente Richard Nixon una vez dijo: “todos somos keynesianos ahora”. Sin embargo, existen los austriacos y fue también el gran Roger Garrison quien dijo que la escuela austriaca de economía en realidad debería llamarse “macro-economía basada en el capital”.

Friedman y los Monetaristas.

Los austriacos y monetaristas friedmanistas siempre hemos sido asociados como “compañeros de viaje”. Lastimosamente esta aseveración tiene algún tipo de verdad. Por lo menos en lo externo o de boca, pareciera que compartimos una predilección por el libre mercado. Y no hay duda de que los monetaristas y los friedmanistas han llegado a posiciones mucho más encumbradas en gobiernos alrededor del mundo. No obstante, se puede argumentar que los monetaristas son mucho más keynesianos de lo que aparentan externamente y aunque son firmes defensores del libre mercado en el nivel “micro”, en el nivel “macro”, en lo que respecta a política monetaria, parecieran ser partícipes y defensores del monopolio sobre el dinero establecido por los bancos centrales y sus asociados, los bancos comerciales y de inversión.

Igual que los keynesianos, en la teoría económica macro, los monetaristas parecen también “obviar” la estructura del capital y el efecto del dinero en esa estructura. Atribuyen la causa de las recesiones más bien a la caída del crédito. Un caso obvio de confusión del efecto con la causa. Pero nunca se les ocurre acusar al “boom” previo como causante. No ven nada malo en el sistema de banca central y crédito privado lo único que aconsejan es dejar la expansión de dinero en “automático”. Más bien siguiendo una política de prevención en la caída del crédito a toda costa. Política que en la práctica se expresó en el conocido “Greenspan’s PUT”, haciendo

alusión a la política del antiguo jefe de la Reserva Federal americana, Alan Greenspan, de impedir la contracción del crédito, mediante una política de inyección de liquidez en caso de problemas. Todo esto basado en el mito difundido por Milton Friedman de que la gran depresión americana de los 30 fue producto de una caída en el crédito, consecuencia de la no intervención de la banca central. Mito ampliamente difundido. Benjamin Bernake, su sucesor, prometió, en un famoso discurso dado en la fiesta de los 90 años de Milton Friedman que nunca se repetirá ese error y que ahora contaban con una tecnología llamada “impresoras” que iba a impedirlo. La crisis económica actual y su duración van a ser consecuencia de esta errada forma de pensar de los monetaristas.

Creo que si a alguien le cae el mote de “neoliberal” es a estos keynesianos friedmanistas.

El oro.

Existe un grupo de pensamiento y acción al cual se puede asociar con los austriacos correctamente, aun sin necesidad de compartir toda la parafernalia teórica. Y este grupo se llama los “gold bugs”, personas que piensan que para llegar a un sistema económico justo y productivo alrededor del mundo es imprescindible regresar al estándar de oro que rigió, de forma más o menos, en el mundo durante todo el siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Y desde entonces, de manera atenuada y caótica, hasta cuando Richard Nixon decide sacar a EE.UU. de cualquier disciplina monetaria producida por el oro, en 1971.

El oro cumple con todas las características que hacen de una moneda algo natural y que ya expliqué previamente. Pero la mejor de todas es la “constancia de su inventario”. Como el oro es una de las pocas materias primas que se puede decir “no se consume o desgasta”, posiblemente el oro que hoy lleva una sortija de matrimonio pudo haber sido extraído por el rey Salomón en alguna de sus minas. O sea, el inventario de oro relativo a su producción es desproporcionadamente grande. Si tú juntas toda la producción de

oro en el mundo que se da en un año, toda esa producción no agrega un 1% más al inventario actual de oro.

Y lo que es mejor, para obtener más se debe gastar proporcionalmente lo mismo que cualquier otra inversión de capital. No es algo obtenido de la nada, como el dinero *fiat* que solo se imprime y se digita electrónicamente.

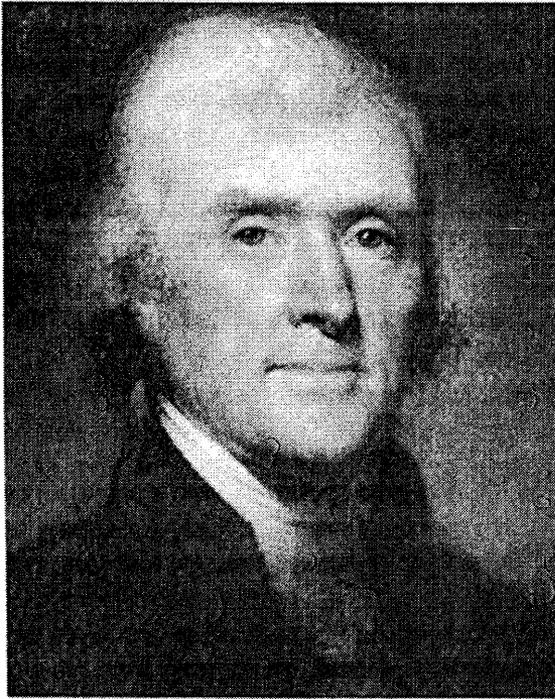
La gran ventaja del oro es:

1. Como el sistema métrico, da una constancia de valor que no cambia arbitrariamente. Y mejor aun, es universal, no controlado por un pequeño cartel de bancos centrales y sus asociados en el sistema financiero.
2. El dinero volverá a ser neutral y justo.
3. Los gobiernos estarán limitados a los recursos que puedan obtener a través de impuestos. Y los ciudadanos sabrán cuánto les queda realmente después de pagar sus impuestos.
4. La economía y el desarrollo económico volverán a ser “sostenibles” haciendo tangibles las limitantes ambientales y de recursos disponibles que da el mundo y las prioridades de la gente.
5. Y, debido a su neutralidad, ya no existirá una camarilla de oligarcas financieros globales con acceso privilegiado al dinero recién impreso, ya no podrán apoderarse poco a poco de los recursos de la gente, ni contar con secuaces en el poder para salvarlos con el dinero que solo deben imprimir, cuando la situación se complique.

Como decía el Barón de Rothchild: *«Denme poder sobre la moneda de un país, y a mí no me importan sus leyes»*.

El mundo será mas justo, porque la riqueza irá a los que verdaderamente saben producirla.

Los ensayos que presento en el resto de esta obra son aplicaciones de las ideas presentadas en este prólogo.



«Pienso que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades que ejércitos enteros listos para el combate. Si el pueblo americano permite un día que los bancos privados controlen su moneda, los bancos y todas las instituciones que florecerán en torno a los bancos, privarán a la gente de toda posesión, primero por medio de la inflación, enseguida por la recesión, hasta el día en que sus hijos se despertarán sin casa y sin techo, sobre la tierra que sus padres conquistaron».

Thomas Jefferson, 1802

El Precio de la información

Algunas personas comentan que el mercado ha fracasado en establecer reglas de juego justas y transparentes e iguales para todos los participantes. Como prueba se citan los escándalos de Enron, Adelag, así como también los altos costos de los medicamentos. En estos casos, parece ser que una de las partes tiene más información que la otra y a esto se le llama asimetría de la información que subsecuentemente causa "fallas del mercado". Sugieren entonces que el Estado tome cartas en el asunto, estableciendo normas regulatorias más estrictas que emparejen el campo de juego. Se justifica tal intervención basada en la asimetría de la información, alejando a los mercados de la tan deseada competencia perfecta. Tal razonamiento es errado y demuestra una confusión total acerca de la naturaleza de los mercados y su razón de existir. Además, se olvida que los mercados están ahí precisamente para resolver el problema de la información imperfecta y asimétrica.

En un mundo ideal donde la información es perfecta y simétrica, o sea, disponible a todos los participantes en forma total, los mercados no serían necesarios. Todos sabrían para quién y qué producir. Debido a que contaríamos con información completa acerca de todos los participantes de la sociedad, sería más práctico crear una oficina central de planificación del consumo y producción, y se evitaría el enorme "despilfarro" de la especulación empresarial. No sería necesaria la existencia de un sistema de precios libres, la intermediación monetaria o el dinero. En pocas palabras, sería más práctico que todos nos sometiéramos a la dirección de un consejo de "sabios" y el comunismo sería una alternativa viable.

Lamentablemente el mundo no es así. Primero, no todos somos iguales ni tenemos los mismos intereses y propósitos. Por otro lado, sabemos muy poco acerca de nuestras circunstancias actuales y mucho menos de las futuras. Sin embargo, yo no sé de electrónica, pero tengo un televisor de una calidad excelente; yo no conozco de medicina, pero me curo con medicinas que otros

concededores proveen. ¿Cómo es eso posible? Eso solo es posible gracias a los mercados y al factor ganancia, producto de la "asimetría".

Contrario a lo que mucha gente piensa, los mercados son lugares en donde se intercambia información, no productos. El intercambio de productos es resultante de ese intercambio de información. Y esa información se expresa mayoritariamente a través del mecanismo de precios que no son más que indicadores de la utilidad futura de un activo cualquiera (indicadores, no la utilidad misma). Por ejemplo, cuando la gente habla de que una caída en la bolsa es una pérdida en la riqueza de la sociedad, se equivoca. A la riqueza en realidad no le ha pasado nada, sino que esa misma riqueza existente se revalúa con base en nueva información obtenida. Hay que recordar que las cosas no valen por lo que son, sino por lo que serán.

Los mercados concentran la información colectiva contenida en la sociedad. Sin embargo, esa información no lo es todo. Nueva información se debe buscar y descubrir -hago hincapié en descubrir. He ahí la función del empresario: buscar cosas nuevas que los demás no saben, y su premio está en el diferencial de su información particular respecto a la colectiva esto comúnmente se conoce como ganancia. Así se aumenta el inventario de información de la sociedad.

La información cuesta. Cuanto más honesta, más costosa. Por eso, la honestidad tiene un valor real por el cual se paga un valor excedente. Pero solo a través de la libertad de los mercados -no solo la libertad para tener aciertos, sino también la libertad para cometer errores- la información se difunde a toda la sociedad.

3 de junio, 2002

Mariano Rivera y el salario mínimo

Todos los panameños estamos muy orgullosos de los enormes salarios que reciben nuestros compatriotas en las grandes ligas de béisbol. Sin embargo, muy pocos nos hemos detenido a pensar: ¿cómo es posible esto? Mariano Rivera, según creo, gana 7 millones de dólares por año; los otros, algo menos, pero sumas millonarias por igual. Y qué pensar del puertorriqueño Álex Rodríguez con un contrato de 250 millones solo por pegarle a una pelotita. ¿A qué se debe esto? Bueno, entender este fenómeno nos puede dar luces de cuál es la verdadera razón de ser de los salarios y su composición, que está totalmente alejada de la arbitrariedad de los empresarios y de las luchas de los trabajadores, como se piensa comúnmente.

Primero hay que comenzar por destruir un mito: el salario no tiene que ver directamente con lo que el trabajador hace. La idea de que por igual trabajo, se recibe igual paga es ridícula; para reírse. A muchos lanzadores en la liga local de béisbol, por el mismo trabajo, apenas les pagan los viáticos, mientras Mariano gana 7 millones en EE.UU. ¿Qué es esto? ¿El jefe de Mariano es un filántropo? No, él es una persona muy conocida por su ambición, pero sabe hacer negocios, y sabe que los salarios realmente se basan en el aporte adicional que la mejor persona disponible puede hacer a la productividad de la empresa.

Otro mito que hay que destruir es la idea marxista de que los trabajadores son una masa homogénea, como si fueran galletas. Eso no es así; todo lo contrario, hay mejores y peores en diferentes contextos. El dueño de los Yankees, como todo buen empresario, se tiene que haber preguntado: ¿cuál es el precio que pago por no ser el primero? Y luego, ¿cuánto me cuesta no tener a los mejores empleados disponibles en mi equipo? Las respuestas a estas preguntas le indicarán hasta dónde debe llegar para conseguir a los mejores empleados para mejorar su rentabilidad. En el caso del dueño de los Yankees, la respuesta es: bastante.

Todo esto se analiza bajo el contexto del capital invertido. Los equipos de béisbol, a lo largo de los años han ido haciendo enormes inversiones en capital, que potencian la capacidad de los dueños y sus empleados de generar ingresos. Por ejemplo, construyen estadios con la capacidad para recibir a miles de aficionados todos los días, firman contratos de televisión para difundir los partidos a una enorme audiencia, promueven marcas que vendan una imagen y, en fin, buscan crear más aficionados. No es lo mismo que Mariano lance en el Yankee Stadium, con capacidad para 80 mil espectadores, que en el Muquita Sánchez de La Chorrera; aunque aquí lance mejor que en Nueva York. Tampoco es lo mismo un trabajador panameño en una firma que le venda solamente a nuestro mercadito local, que otro en una compañía que le venda al mundo.

Ahora, el factor crítico, la competencia. El dueño de los Yankees paga altísimos salarios porque el dueño de Los Bravos, por ejemplo, es tan ambicioso como él. De ahí que compitan por la excelencia. Teniendo esto en mente, nunca me deja de sorprender que los trabajadores se alían con los oligarcas de este país para pedir la protección de sus empresas de la competencia local e internacional; cuando deberían hacer lo contrario: los trabajadores deberían ver en la competencia empresarial a su mejor aliada y nunca a su enemiga.

Escribí arriba acerca de los salarios máximos para ahora ilustrar cómo es que se determinan los salarios mínimos que, aunque sorprenda, es lo mismo. Así podemos ver qué es lo que verdaderamente determina el monto de los salarios. Porque una cosa sí está clara, y es que los trabajadores no son galletas y que cualquiera da lo mismo. Por eso el salario mínimo lo único que determina es bajo qué margen de productividad a un trabajador se le va a prohibir entrar en el mercado laboral. Así que muchas empresas deciden no contratar trabajadores con salario mínimo, porque se dan cuenta de que la contribución adicional de aquel trabajador ni siquiera paga por sus costos fijados por ley. De ahí que la eliminación del salario

mínimo no tiene por qué afectar el ingreso de los que ya trabajan; todo lo contrario, lo que haría es potenciarlo, haciendo entrar a más panameños a la vida productiva.

Casi el 20% de los panameños quiere trabajo y no lo consigue, y eso sin contar otro porcentaje más grande que abandonó la esperanza.

Estos son panameños que producen muy poco o nada. Si los panameños queremos un mejor futuro para los trabajadores, debemos abogar por el derecho al trabajo, y por la eliminación de todas las barreras que le impiden a una persona ser productiva, incluyendo el salario mínimo. De la misma manera se les debe dar a las empresas la libertad de competir nacional e internacionalmente sin límites ni prebendas. Esta es la única manera como todos los panameños conseguiremos hacer que nuestro país sea uno de las grandes ligas.

23 de septiembre, 2002

¿Por qué somos pobres?

Cuando se habla en nuestro país de las ventajas de una reducción de aranceles, generalmente esta se propone como un instrumento para hacer bajar los precios o como un dictado inexorable del mítico monstruo globalizador que, como el cuco en los cuentos de niños, nos come si no nos portamos bien. Todas aquellas son medias verdades y mentiras que distraen nuestra atención del verdadero motivo por el cual la apertura comercial, hasta una unilateral, es realmente imprescindible en nuestro país: la dirección de nuestra estructura productiva.

En el comercio nadie da algo por nada sin empobrecer, pues la razón de toda producción es el consumo, y la lógica elemental que se aplica al intercambio entre naciones es: para poder importar se debe exportar. Con el propósito de ilustrar la conveniencia de las importaciones para el bienestar suyo, observe a su alrededor y piense qué pasaría si esa acción no fuese posible. Para comenzar no estaría leyendo este periódico (todos sus materiales son importados); el sancocho que usted tomó la semana pasada, contó para su producción con una enorme cantidad de artículos importados: desde el aluminio de la olla, hasta el transporte en que se trajeron las gallinas, e inclusive los agroquímicos. De hecho, no sería exagerado decir que sin importaciones regresaríamos a la edad de piedra o a la extrema pobreza en que se vive en las áreas más apartadas de este país. Ahora bien, nadie te va a enviar un bien de consumo o de producción si no le das algo a cambio. Por tanto, reitero: para poder importar, primero hay que exportar.

Por tanto, como país pequeño, para lograr su bienestar, Panamá tiene que enfocar su estructura productiva a incrementar su capacidad exportadora para lograr importar. ¿Cómo se logra esto? Aquí es donde la eliminación de aranceles proteccionistas alcanza una importancia crítica, al borrar las distorsiones en los precios que inducen al “error” empresarial. Resulta que los motores impulsores

de la economía, los empresarios, trabajan a través de señales recogidas mayoritariamente a través de la lectura de los precios. Lo que hacen los aranceles es que, a través de impuestos a las importaciones, suben artificialmente los precios en el mercado local. Los empresarios, por medio de una comparación entre costos y precios, deciden que es rentable producir un producto protegido para el mercado local. Es decir, los aranceles hacen rentable lo que no debería serlo, haciendo crecer el consumo en industrias que en realidad no son productivas, financiadas a través de los recursos provenientes de las exportaciones y el crédito externo. Esas inversiones “erradas” crecen, distraendo recursos del sector exportador que a la postre queda subsidiando las importaciones de los actores en industrias protegidas. Esto dura hasta que las limitadas exportaciones -junto con el financiamiento externo- se agoten, como inevitablemente lo harán, dejando al descubierto todos los errores cometidos.

Esto, en pocas palabras, describe la razón de la crisis actual. El país, a través de décadas de proteccionismo y paternalismo, ha cultivado el crecimiento de una industria interna no competitiva y “ficticiamente” rentable. Mientras tanto, el sector exportador (Zona Libre, centro bancario, bananeras), ha ido perdiendo su competitividad sin lograr sustitutos. Por otro lado, el financiamiento externo ha copado su capacidad y ha llegado la hora de pagar las deudas. Esto ha causado un empobrecimiento generalizado del país, como resultado de décadas de proteccionismo, que solo ahora se hace palpable.

La razón de toda actividad económica es el consumo. El “trabajo” no es un objetivo en sí mismo mientras que el consumo (educar, vestir y alimentar a sus hijos, por ejemplo), sí lo es. La producción no es arbitraria, sino una permanente búsqueda de la optimización de la riqueza, o sea, hacer lo necesario para conseguir más trabajando menos. Una persona sensata sabe que no tiene sentido tratar de hacerlo todo por sí misma, sino que lo importante es buscar la especialización donde uno pueda crear los valores

necesarios para el resto de la sociedad. Lo mismo se aplica a los países. Panamá debe crear los valores que el mundo necesita, si quiere prosperar. Esto, como lo dije anteriormente, solo se logra a través de la transmisión libre de precios y productos con el mundo exterior. Esto ocurrirá siempre, no importa qué tan proteccionistas o qué tan grandes sean los subsidios de los demás países.

Exportar no es una opción, sino una necesidad impostergable. Es imprescindible que esa señal llegué en una forma clara y contundente a todos los agentes económicos a través del sistema de señales que hacen los precios. Esa constituye la única manera de dejar de ser pobres y comenzar la recuperación.

21 de octubre, 2002

En defensa de las ganancias

Se suscitaba uno de los peores inviernos en décadas, cuando el ejército de George Washington se encontraba aislado y rodeado de fuerzas enemigas. Diariamente, el precio de los suministros que recibían sus tropas en el frente se incrementaba exponencialmente.

Washington, enfurecido, ordenó limitar las ganancias a lo que él consideraba como razonables. Después de eso, los proveedores decidieron hacerlo más fácil: no invertir más en el riesgo necesario para alcanzar los suministros al ejército de Washington y decidieron simplemente no proveerlos y, como consecuencia, los soldados se quedaron sin suministros y Washington perdió la batalla. Luego prometió nunca más cometer el mismo error.

Panamá, en estos momentos, no está en medio de una guerra y nuestro clima siempre será cálido, pero el nivel de riesgo que nuestros empresarios tienen que tomar al decidir una inversión, aumenta cada día más. Estamos en un período de crisis provocado, entre otras cosas, por la miopía y cobardía del gobierno para realizar urgentes cambios en nuestra estructura productiva. Flaco favor le estaremos haciendo a nuestra economía al proponer que el retorno de los empresarios sea menor, a través de un aumento de los tributos, en caso de que tengan ganancias en sus empresas. De ahí que las actuales reformas tributarias, que buscan limitar el retorno empresarial, van a tener un efecto mucho más destructivo de lo que muchos se imaginan, porque la decisión más fácil para cualquier inversionista es la de simplemente no invertir.

El país actualmente vive un período de transición en el que, como muchos dicen, el "modelo" económico en que se había basado nuestra economía se "agotó", haciendo evidente la necesidad de buscar otras alternativas. La Zona Libre, el centro bancario, los servicios legales, ya no son tan únicos como lo eran antes, además de que su clientela atraviesa por una crisis. Las bananeras, a punto de morir. Las bases militares, muchas veces la piedra de salvación de la

economía, se fueron para no volver más. Durante décadas el país se ha endeudado fuertemente, mientras tenemos muy poco en términos de competitividad internacional que compruebe la eficacia de las "inversiones" provenientes de aquella deuda. Así que se acabó la fiesta del endeudamiento. Ya difícilmente nos podremos endeudar más y hay que empezar a pagar lo que debemos. El mensaje es claro: ya no podremos continuar con la misma rutina de antes, el cambio es impostergable. Los "rejugos" financieros se nos acabaron.

Es este el ambiente de incertidumbre en el que le toca trabajar a los inversionistas nacionales e internacionales. En este ambiente prima descubrir nuevos emprendimientos que contribuyan a formar otros nuevos pilares de la competitividad internacional del país. Esto implica riesgos, claro está. Ya riesgos extraordinarios difícilmente serán justificados con ganancias ordinarias a las que las reformas tributarias no quieren llevar a razón de "distribuir" equitativamente la carga del Estado.

Un funcionario de este gobierno, en un artículo de opinión en favor de las reformas, afirmaba: "La dinámica económica de los últimos tres años demuestra que ha sido la inversión pública la que ha estado sosteniendo la estabilidad de la economía nacional, frente a una escasa inversión privada". Sin embargo, este funcionario se debería preguntar: ¿por qué los empresarios no quieren arriesgar de su propio pecunio cuando, supuestamente, hay tantas ganancias por hacer?; ¿por qué funcionarios con el pecunio ajeno sí se atreven a "invertir" y a endeudar el país con instituciones internacionales?; ¿será porque es menos "estresante" invertir el dinero de otros? Este funcionario debe entender, como ya lo he dicho, que la decisión más fácil de un inversionista local o extranjero es simplemente no hacer nada.

Claro está, la razón de fondo de todas estas reformas consisten en preservar el statu quo a como dé lugar y así mantener el viejo "modelo" de desarrollo que no es más que un parapeto orientado a

repartir las rentas provenientes de las gallinas de los huevos de oro nacionales apalancadas con un endeudamiento estatal.

Las reformas no son más que otro remiendo a este «parapeto», que durante décadas ha perpetuado privilegios como el sostenimiento de la planilla estatal, subsidios a industrias, y más privilegios y concesiones otorgadas a los grupos predilectos del Estado. Bueno, a quienes piensan de esta manera les recuerdo que, en las condiciones actuales, mantener el status quo solamente favorece la prolongación de la crisis.

¿Qué hacer entonces? La respuesta es sencilla, reducir el tamaño de aquel más frío e improductivo de los monstruos: el Estado; reducir los impuestos a un nivel que sea justo y rentable pagarlos a todos los ciudadanos, basado en los beneficios que devenguen de ellos; eliminar todos los privilegios a los favoritos del Estado. Así se crearía un sistema que premie la productividad y eficacia, en detrimento del clientelismo. Así crearemos un sistema, con tal círculo virtuoso, que premiará la productividad y la pericia, y hará de este país un ente rentable y estable a los ojos de todo el mundo. De esa manera estaríamos encaminados hacia un crecimiento genuino, y no seguiremos viviendo esta ficción basada en privilegios.

23 de diciembre, 2002

Sobre la riqueza de todos

Imaginen que Bill Gates, el hombre más rico del mundo, queda náufrago en una isla desierta. Allí tiene que sobrevivir pescando lo que pueda con sus propias manos. Imaginemos que pesque un pescado diario después de mucho esfuerzo. El "trabajo" no le da ni para remendar sus ropas o cepillarse los dientes. Aquí podemos decir que Bill Gates se ha convertido en un pobre. Ahora, un día Bill descubre un inmenso tesoro abandonado. ¿Vuelve a ser rico acaso? Claramente la respuesta es no. Es así porque de nada le serviría un medio de cambio, como el oro, sin contar con quien intercambiar. Aquel tesoro no lo va a ayudar a pescar más. El pobre Bill está aislado; no puede intercambiar sus conocimientos de software, su tesoro, con otros para conseguir alimentos. Para su desgracia, se ha convertido en una persona "autónoma", que lo tiene que hacer todo él mismo, así, exactamente, lo tienen que hacer nuestros campesinos pobres viviendo perdidos en la montaña. De esta manera podemos decir que Bill Gates ha sido exiliado del intercambio global, así como nuestros campesinos pobres.

He utilizado la metáfora del náufrago para ayudar a disipar una de las principales confusiones que tiene la gente acerca de la naturaleza de la riqueza, la cual consiste en confundir la riqueza (un fin) con un medio que en este caso sería el dinero, el oro u otros elementos que han sido utilizados a través de los años como medios de cambio y de denominación. El dinero solo es importante como el medio más efectivo de facilitar el intercambio "indirecto" de productos, o sea, aquel intercambio que un Internet Café realiza cuando le compra un paquete de software a Bill, para venderme un servicio a mí, que quiero escribir este artículo, con las facilidades de un procesador de palabras. No hace falta que ninguno de nosotros se conozca o simpatice, para colaborar en el proceso de beneficiarnos mutuamente.

Ahora pasemos de la metáfora de la isla desierta a la historia de la economía. En la Escocia de 1764, un distraído y genial profesor de filosofía, Adam Smith, iniciaba un tratado económico denominado *La riqueza de las Naciones* que terminó de escribir un poco más de una década después. Este libro define, hasta hoy, los fundamentos teóricos del liberalismo político y económico según los cuales operan la mayoría de los países occidentales, cuyas economías funcionan bajo el sistema de mercado. Como descubrió Smith, la colaboración, producto del intercambio, donde cada uno se especializa en lo que mejor es capaz de hacer, permite multiplicar el bienestar que, a su vez, representa la naturaleza de la riqueza personal y de las naciones. Confundir aquello con valores estáticos, como el dinero, lleva a terribles equivocaciones que permiten la intervención de la fuerza coercitiva del Estado, en la colaboración voluntaria entre individuos. Ejemplo de esos errores son la protección arancelaria (que pretenden "impedir" la salida de divisas), los impuestos redistributivos (con los que se aspira a distribuir "equitativamente" la riqueza), etc. Todos esos errores están basados en la creencia, en la ficción de una "riqueza nacional", independiente de la propiedad particular que los individuos tengan sobre ella.

Esta confusión reside en el hecho -demasiado común- de entender la riqueza de una nación como un ente estático y preexistente en vez de analizarlo como un proceso altamente dinámico: un entretejido de contratos voluntarios entre individuos para permitir potenciar mejor el valor de sus activos. Y de este pecado no se salvan los economistas tradicionales, como cuando hablan del producto interno bruto (PIB), tal como quien habla de los guarismos de una cuenta bancaria sin establecer como precondition para que la riqueza pueda ser valuada, el hecho de que debe pertenecer a alguien quien pueda disponer de ella. De ahí que aquel otro gran economista, Ludwig von Mises, (padre de la economía austríaca), haya cuestionado hasta la posibilidad del cálculo económico en un sistema donde no existe la propiedad privada. Mises nunca se cansaba de mencionar que el

sistema de intercambio libre o capitalista es un sistema ante todo "cooperativo", en el cual todos contribuyen a través del intercambio voluntario a un bienestar común de proporciones casi milagrosas. Es una lástima que dicho sistema esté permanentemente expuesto a toda una serie de intervenciones basadas en la ignorancia y el oportunismo que nos impiden salir de esta isla de pobreza.

Con esto vemos que la riqueza de una sociedad se genera a través de una extensa colaboración entre individuos; colaboración que cuanto más amplia será mejor para todos. Esto se conoce como economía especializada y allí reside la razón de garantizar el libre intercambio entre personas. Una nación próspera facilita aquella colaboración sin privilegios ni discriminaciones. Una nación próspera permite el libre intercambio, lo cual exige ciudadanos responsables que no deleguen sus recursos y decisiones a un gobierno mastodóntico.

17 de febrero, 2003

El capitalismo y el 'error'

Hay una gran confusión conceptual en nuestro medio cuando personas -muchas veces detractoras del sistema de libre mercado- confunden quiebras y fraudes corporativos, como los tan sonados casos de Enron y Adelag, con fallas en el sistema de libre mercado. Sin embargo, estos casos, Enron y Adelag, etc., muy por el contrario, son ejemplos evidentes de la eficacia del sistema de libre mercado, especialmente cuando se mide con su alternativa de un Estado intervencionista y coercitivo. Eficacia, valga decir, en solucionar errores provenientes de las complejas relaciones humanas.

¿Por qué? Porque, Enron y Adelag son ejemplos de "errores" que, una vez conocidos, el sistema de libre empresa corrige de una forma categórica y fulminante y reduce a un mínimo su costo "social". Caso totalmente contrario a los errores cometidos por el sistema intervencionista estatal, el cual hace que persistan hasta el punto de llevar a la sociedad, como un todo, hacia la quiebra. La diferencia reside en que el libre mercado se basa en la asociación voluntaria de individuos, mientras que el intervencionismo estatal es una relación forzada. Quienes realmente sufren las consecuencias de quiebras privadas son personas que voluntariamente se asociaron, cosa que no sucede en el caso de la intervención estatal que es obligatoria y coercitiva.

No somos perfectos. Cometemos errores tanto de buena fe (honestos) como de mala fe (fraudes). Eso aplica por igual a los empresarios privados y a los funcionarios y políticos que dirigen el Estado. Así, las virtudes y defectos de un sistema económico deben ser medidos en términos de cómo se lidia con los errores cometidos dentro del sistema, es decir, que haya una igualdad entre la autoridad y la responsabilidad de los individuos dentro del sistema.

Imaginemos que Adelag y Enron hubieran sido empresas estatales. Con los privilegios que ellas conllevan, por ejemplo,

obligatoriedad de todos los ciudadanos de ser sus clientes, ya sea que necesitemos sus productos o no, so pena de multa o cárcel; en caso de preferir otros servicios el ciudadano está obligado a pagar doblemente los otros servicios; todos los ciudadanos actuarán como deudores solidarios (gústelos o no) sobre las obligaciones de la compañía; los directores no asumirán ninguna responsabilidad personal sobre los resultados de la compañía o decisiones tomadas por ellos. En el Estado, la posibilidad de "salirse" no existe. A los ciudadanos no les queda más que rogar por la buena voluntad de sus élites políticas para no hundirse más. ¿Qué valor tiene en este ambiente una mala decisión, fuera del hecho de que otro la pagará?

¿Les suena familiar el ejemplo imaginado? Bueno, aquel es un ejemplo claro de la operación normal de un Estado, comenzando por la adquisición de créditos externos, donde lo que realmente se avalúa es el potencial de un Estado de extraer recursos de sus incautos ciudadanos que poco entienden lo que sucede. También podemos poner de ejemplos entidades estatales como la Caja del Seguro Social o las escuelas públicas, en las que se nos fuerza a pagar por un servicio sin ofrecernos opciones de dónde escoger. Aquí el error se acumula porque no hay opción de salida. Así, es solo cuestión de tiempo para que se genere una crisis como resultado de funcionarios con mucha autoridad para tomar decisiones, cuyos costos y consecuencias serán distribuidos entre personas que poco tuvieron que opinar al respecto. Así, no nos debemos sorprender con el surgimiento de crisis con una periodicidad casi cíclica en nuestros países latinoamericanos.

Somos completamente esclavos de las decisiones de la clase política y, peor aún, no existe ni siquiera un responsable que cargue con la culpa, porque al final todo se diluye en diálogos de sordos en los que nadie se siente con la necesidad de apañar y conservar la papa caliente.

Al final es irrelevante que estos errores sean honestos o fraudulentos (fuera del ámbito jurídico). Las consecuencias siempre serán las mismas y permearán a toda la comunidad, mediante la fuerza coercitiva del Estado.

Un buen empresario sabe que si no se levanta todos los días para ofrecerle al cliente el mejor producto, al mejor precio, estará condenado al fracaso, porque el cliente siempre tiene la opción de caminar hacia otra tienda. Ahora bien, ¿por qué no aplicar el mismo principio al Estado? ¿Por qué mantener al ciudadano esclavo de pagar los "servicios" sociales que ofrece el Estado? ¿Por qué otorgar a los servidores públicos la autoridad para escoger quién entra o no a la competencia en servicios regulados o no, sin que medie responsabilidad por los resultados? ¿Por qué debemos ser garantes de obligaciones que no hemos firmado personalmente? ¿Sería mejor hacer que los gobernantes arriesguen su pecunio personal para respaldar sus nobles ideas e intenciones?

En resumen, en estos dilemas reside el debate entre las bondades de la libertad de mercado y la intervención estatal. La diferencia real está en ser libres para escoger voluntariamente, o en que se nos imponga otra voluntad por la fuerza.

20 de marzo, 2003

Demos una oportunidad a los pobres

La tradicional junta de embarre muestra el ejemplo más representativo de la capacidad del panameño para trabajar en grupo y colaborar mutuamente. En suma, es el ideal de la colaboración ejemplar que, por alguna razón, no trasciende a la sociedad de diario en nuestro país. ¿A qué obedece esto? ¿Por qué sucede que los barrios populares de nuestras ciudades parecen ser manejados por pandillas, y no por ciudadanos productivos trabajando en armonía? El problema reside, para sorpresa de muchos, en que en Panamá colaborar está prohibido. En efecto, así sucede, al menos en lo que respecta a los pobres y en todo lo que representa la riqueza y bienestar para las personas.

Así pues, comencemos por hacernos una pregunta que pareciera innecesaria: ¿Quiénes son los pobres? Trágicamente, nuestra imagen del pobre ha sido distorsionada por la politiquería local, que ha idealizado a este sector de la población (por cierto, el que más votos aporta), hasta niveles alucinantes. Hemos transformado a los pobres en aquellos "nobles salvajes", los "humildes" (un adjetivo moral de comportamiento y no de estado económico), cuya pobreza sólo se puede solucionar a través del gasto estatal (controlado por políticos, claro está). Toda esta maraña de sandeces politiqueras nos han impedido ver cuál es el verdadero calvario de aquellas personas que viven dentro de nuestra sociedad y que no pueden levantar cabeza.

Gracias a Dios por Hernando de Soto, economista peruano, autor de *El otro sendero* y el *Misterio del capital*, a quien me gusta reconocer como el descubridor de los pobres en Latinoamérica. Con la obra del señor de Soto la vida de los pobres empieza a tener sentido, él sustituye el mítico concepto del «noble salvaje», por el de personas que trabajan y luchan como cualquiera de nosotros en el plano económico pero que por alguna razón nuestra sociedad les ha

impedido dar el salto cuántico de aquella "economía informal", en la que viven, a la economía formal especializada y rica en la cual se fundamenta el progreso.

Sin embargo, el señor De Soto fue más allá, y en vez de ponerse a ver la causa de la pobreza (que al fin y al cabo es un estado natural, pues nadie trabaja para ser pobre), se dedicó a ver la causa de la riqueza. Él se preguntó ¿a qué se debe que a lo largo de los últimos siglos la civilización occidental ha producido tal grado de bienestar? Fruto de ello, infirió -como antes de él lo hicieron los fundadores de la denominada escuela austriaca de economía- que la riqueza es producto directo de la división de la labor, que permite la especialización, común denominador de la clase media. Esta división solo se produce a través de una sociedad colaborando a gran escala con todas estas acciones, entrelazadas por una infinidad de contratos voluntarios entre personas..

Volviendo al modelo de la junta de embarre, podremos darnos cuenta de que al fin y al cabo ese es un ente formado por cientos de contratos implícitos y explícitos que existen en una comunidad saludable. Esto aplica de la misma manera a una gigantesca corporación, con la única diferencia que aquí los contratos se hacen mucho más complejos y abstractos, ya que se relacionan con bienes intangibles pero igualmente valiosos. En una economía de mercado, todos estos contratos serán voluntarios, sujetos solo a la reciprocidad producto del bienestar común. En una economía abierta y desregulada, los pobres pueden ser empresarios. Inclusive, en la mayoría de los casos, son los pobres quienes crean trabajo para otros pobres. Sin embargo, cuando ellos alcanzan un más alto nivel de especialización rápidamente se estrellan con esa compleja tramoya de leyes y regulaciones impuestas por el Estado que permanentemente les impide formalizar su situación y llegar a alcanzar las economías de escala necesarias para salir del estado de pobreza. Este vacío de formalidad crea comunidades disfuncionales, muchas veces controladas por mafias de violentos, quienes llenan este espacio: nuestros barrios marginales.

Por ejemplo, si dejamos a los socios de la junta de embarre continuar y hasta especializarse en el oficio y construir muchas casas baratas no pasará mucho tiempo antes de que alguien los demande ante el Ministerio de Trabajo por salarios, prestaciones o cualquier otra locura, lo que dará al traste con los beneficios de pobres trabajando para pobres. He allí el problema.

¿Cómo solucionarlo? Terminando con leyes asfixiantes que arruinan a los pobres y haciendo que los pobres se contraten mutuamente, se asocien y especialicen dentro del mismo marco que el resto de la sociedad, proporcionando leyes simples y de aplicación general. O sea que la próxima vez que pensemos en el sector empresarial, no solo pensemos en aquellos encopetados dirigentes de las diferentes cámaras empresariales. Pensemos en el campesino, en el vendedor de chicha, en la costurera, etc. que al final, aunque usted no lo crea, constituyen la mayoría de los empresarios y la mayoría de los pobres.

5 de mayo, 2003

Sobre cómo se conserva una democracia

Estoy de acuerdo con esa idea de Winston Churchill cuando afirmaba que «una democracia es el peor de los sistemas políticos, exceptuando todos los demás». Nos quejamos de las consecuencias del populismo democrático (defecto implícito del sistema), sin embargo, nadie -excepto alguno que otro loco- cambia la democracia como la única alternativa posible en cuanto a sistemas políticos se refiere. Si queremos conservar nuestra democracia, tenemos que estar plenamente conscientes de lo que implica y cuáles deben ser sus limitaciones.

Primero, tengamos cuidado con lo que decimos, al referirnos a “la voluntad popular”. ¿Se refiere a la dictadura de las mayorías? ¿El Vox Populi Vox Dei? O, por el contrario, ¿se refiere a un sistema en que la mayoría electoral puede decidir “algunas cosas”, pero no “todo”, sobre la base de ciertos parámetros preestablecidos? ¿Cómo se logran estos límites? A través de una Constitución, auténticamente democrática. Uno de los principios básicos de una constitución, verdaderamente democrática, consiste en la defensa de la libertad y en establecer los límites del Estado, para reducir las posibilidades de que se restrinjan nuestras libertades.

Superado ese escollo, se hace obligante la pregunta, ¿cuáles límites? ¿Que los más no podrán abusar de los menos? En eso estamos de acuerdo, hasta que llegamos a los dilemas actuales. Por ejemplo, ¿debemos todos los panameños ser responsables por el gasto público que no beneficia por igual a todos? ¿Debemos todos ser responsables por las pensiones de algunos? ¿Cómo debe ser el gasto público para que nos beneficie a todos?

El problema se centra en que la acción gubernamental no es neutral. El gobierno siempre va a beneficiar a unos más que a otros y, sin duda, va a desarrollar un escenario, en donde los obreros se quieren comer a los empresarios y viceversa, situación que solo promueve la

división entre facciones y, eventualmente, la destrucción de la democracia.

Para aprender cómo se funda una democracia, veamos el ejemplo de la democracia más exitosa de la historia: los Estados Unidos. Con sus naturales altos y bajos, este país ha podido mantener una sucesión presidencial por más de doscientos años. Uno de los padres de la constitución estadounidense dijo: "Una república no solo debe proteger a los gobernados de los gobernantes sino proteger a una parte de la sociedad contra la otra parte. Porque diferentes intereses abundan y si la mayoría se une en un interés común, los derechos de la minoría necesariamente se verán afectados."

Desdichadamente, en la tradición latinoamericana tenemos la mala costumbre de ver las constituciones como una "carta al niño Dios", allí ponemos todos nuestros deseos, (por nobles que sean), sobre lo que pensamos que se debe hacer y nos olvidamos de ponerle los cascabeles al gato, estableciendo límites de la acción estatal para que el Estado no se nos convierta en aquel "ogro filantrópico", tan bien descrito por Octavio Paz. Esta situación, se ve exacerbada en las constituciones "sociales", en las cuales se sueña resolver todos los problemas (ambiente, desempleo, etc.), con sólo declararlos "temas de Estado". Quienes así lo proponen, quieren que el Estado haga lo que nos vemos incapaces de hacer por nuestros propios medios. El resultado es la lucha faccionaria, que origina la desdichada alternancia entre democracia y dictadura que ha sido el común denominador de las repúblicas latinoamericanas desde su independencia.

La democracia debe ser un freno a la expansión de los intereses de las élites gobernantes y nada más. La democracia no debe ser un instrumento para implantar "visiones nacionales" y demás perogrulladas, que materializan la imposición de los intereses de una facción sobre otra.

Ludwig von Mises, destacado pensador austriaco, dijo: “los gobiernos, para ser justos, deben ser pequeños y en la medida de lo posible locales”. En otras palabras, así como en nuestras relaciones sociales diarias, cada uno debe ser responsable de lo suyo. ¿Siente usted que sea justo que yo le obligue a cargar con mis problemas?

El gobierno, definido como el monopolio de la fuerza dentro de un Estado, solo debe concentrarse en guardar la integridad física y material de todos los asociados y en mantener la ética simple de las relaciones entre ciudadanos comunes y corrientes. Así garantizará la estabilidad política y la prosperidad económica, basada en un sistema de intercambio voluntario y de solidaridad espontánea, no la que se logra a través de la fuerza coercitiva del Estado. Solo ello garantizará la democracia.

4 de agosto, 2003

La falacia del circulante

Se escucha en todos los medios que «la utilización del fondo fiduciario será una 'inyección' para estimular la economía»; «los consumidores nos rescatarán de la crisis»; «el gobierno debe tomar medidas que estimulen el gasto en X o Y cosas». Qué lástima que tales expresiones no correspondan a la realidad! Sería el paraíso terrenal aquí en Panamá: prosperar a través del gasto. ¡Qué felicidad! Bueno, pero la prosperidad solo viene a través de la productividad y a diferencia del consumo, que es automático basado en el hecho de que todos queremos vivir bien, aquélla es un proceso que requiere trabajo, tesón, ahorro, voluntad e inteligencia. Virtudes que el gasto público y las distorsiones legales difícilmente nos conferirán.

Es definitivamente un problema de perspectiva. Tal como la gente de antes decía que el mundo era plano, porque eso era lo que veían desde su perspectiva particular, nosotros también tenemos una tendencia de ver en el gasto del "otro", el gobierno, como nuestra salvación. Y cuando elevamos nuestra perspectiva al sistema económico, como un todo, nos damos cuenta de que eso no es así. El consumo es dependiente de las estructuras productivas y no lo contrario. Y esas estructuras no son producto del "automatismo", sino de una meticulosa serie de decisiones hechas de acuerdo con las necesidades versus las limitantes en recursos existentes y, mejor que no sean erradas, porque así perdemos los pocos recursos que tenemos. Como se dice en buen panameño: las inversiones no son un relajo.

Ningún empresario que se involucre en un proyecto (fábrica de jabón por ejemplo) puede pensar que su proyecto puede ser financiado en "ventas por adelantado" a los consumidores de jabón. No, ese proyecto solo podrá arrancar gracias al adelanto de recursos que no se han utilizado para el consumo inmediato (ahorros), pero que ven una mejor oportunidad en financiar la ampliación

de una infraestructura para producir más "jabón" en el futuro. Ahora, ¿será esta predicción una realidad? Bueno, allí está la esencia de lo que se llama "riesgo empresarial", fundamento de las ganancias del empresario. El trabajo del empresario consiste en visualizar las necesidades a largo plazo y en descubrir los medios para suplirlas eficientemente. Si falla, él pierde; si acierta él gana. Recuerde que la madera que usted compró hoy en la ferretería es producto de la inversión de un empresario en un árbol de teca que se sembró hace 25 años, pronosticando esa demanda. Y así, en mayor o menor medida, ocurre con todo lo que consumimos diariamente. Cualquier política "keynesiana" de "estímulo" no puede cambiar esa realidad de la naturaleza.

Pero el consumo no es algo arbitrario. Yo no puedo comprarme un automóvil si primero no tengo recursos para comprar comida. Y si pienso que soy rico para comprarme un auto para luego darme cuenta de que no tengo ni para pagar la gasolina, bueno, estoy en un serio problema. En pocas palabras, me he hecho más pobre sin darme cuenta. Utilicé mis limitados recursos para comprar algo que estaba por encima de mi capacidad y ahora, como se dice, "por vivo, me quedé sin hacha, calabaza y miel".

Ahora, entra el gobierno. El gobierno, a diferencia del empresario, no tiene porque ganarse el favor de sus clientes para adquirir recursos, el gobierno se impone por la fuerza. Y tiene esa terrible capacidad de forzar nuestro gasto en forma compulsiva sin nuestra aprobación explícita. Si decide comprar 40 Cadillacs o planilla, que no necesitamos, de todas maneras los compra y con nuestros recursos. Esta capacidad reorienta las proyecciones de inversión empresariales a satisfacer las necesidades de gasto de ese gran monstruo llamado el Estado. El resultado, la conversión de nuestros ahorros en gastos inmediatos en detrimento de nuestras necesidades futuras.

El público a veces confunde este fenómeno con lo que piensan es «estímulo para la economía». Desde su perspectiva piensan que

hay más dinero en la calle (lo que es verdad) pero se olvidan de que ese dinero está en la calle gracias al olvido de nuestras necesidades futuras. Los empresarios, al ver que la gente pareciera poder consumir más, invierten en satisfacer necesidades inmediatas (como sería importar más Cadillacs, centros comerciales, etc.) Lo que crea un efecto multiplicador destructivo (un círculo vicioso de inversiones erradas). Pero cuál será la sorpresa cuando nos demos cuenta de nuestro error, y quedemos tal como el hombre que se compró su carro y no tiene dinero para operarlo. Esto es lo que comúnmente se llama: "la crisis".

La crisis actual no es el resultado de un lustro presidencial (aunque no lo exime de la culpa), sino es el resultado de décadas de acumulación de errores. Disminución de las exportaciones, bancos llenos de créditos incobrables, desempleo, etc. Son síntomas de un sistema esclerótico, producto de décadas de gasto y leyes estatales distorsionadoras resultado del paternalismo justificado atrás de un ingenuo keynesianismo económico.

La solución es fácil, aunque tardará tiempo: disminuir el tamaño del Estado y dejar que el mercado retome su curso normal.

18 de agosto, 2003

La Ley, Bastiat y nuestros legisladores

«La ley es la organización colectiva del derecho individual de legítima defensa». *Frédéric Bastiat.*

A nosotros los panameños, nunca nos deja de sorprender la plétora de “idiosincrasias” que emanan de nuestra asamblea legislativa. Pero hay una que se repite todos los años, a la cual se refieren muchos legisladores con orgullo, que es su “productividad” en la creación de leyes. Mientras más, mejor. Pareciera ser una especie de récord a batir, la producción de leyes: 72 en el periodo que termina, 7 más que el anterior, por ejemplo. Si con solo producir leyes fuera como producir petróleo: cuanto más mejor. En la realidad es todo lo contrario. Las leyes no confinadas a su estricta legitimidad no hacen más que estrangular nuestras libertades en beneficio de un grupo de “suertudos” amiguitos del poder.

Ya que está de moda dar regalitos a los legisladores, la próxima navidad propongo ofrecer a nuestros legisladores un ejemplar de un librito, bien barato, llamado muy apropiadamente *La Ley*, de un genial francés del siglo XIX, Frédéric Bastiat. El librito de no más de cincuenta páginas, demostración fehaciente de que las grandes cosas vienen en pequeños paquetes, es una síntesis brillante de lo que debe ser la ley.

Como de aquí a navidad todavía falta mucho, les voy a adelantar un poquito del contenido de esta genial obra. Miren cómo comienza el primer párrafo: “La ley, pervertida! La ley y tras ella todas las fuerzas colectivas de la nación, ha sido no solo apartada de su finalidad, sino aplicada para contrariar su objetivo lógico. La ley, convertida en instrumento de todos los apetitos inmoderados, en lugar de servir como su freno!” Suena familiar ¿no? Y luego continúa: “¡La ley, realizando ella misma la iniquidad de cuyo castigo estaba encargada! Ciertamente se trata de un hecho grave ...”. Ahora, como decía un tío mío, “la política consiste en la lucha entre los que están en la ‘papa’ y los que los envidian”. ¡Hay qué triste!

Y entonces, ¿qué debe ser la ley? Para Bastiat es: “La organización colectiva del derecho individual de legítima defensa”.

Muchas veces nuestros legisladores, por lo menos en la forma en la que redactan la legislación, parecen creerse el Dios del Génesis como por ejemplo: “Créese la institución tal ...”. “Mediante esta ley se crea ...”. “Comuníquese y publíquese”, etc. Ni un pensamiento les pasa por la mente sobre el costo de esas leyes que, aunque bien intencionadas (en el mejor de los casos), nadie se hace responsable personalmente por las consecuencias negativas de su implementación. Consecuencias que se extienden a la pérdida de nuestras libertades, destrucción del valor de los activos de los ciudadanos, corrupción etc. Y nadie se hace responsable por estos desbarajustes.

¿Hacia cuál objetivo se debe dirigir la legislación? Bueno, Bastiat responde de una forma tan sencilla como clara: “Ninguna sociedad puede existir, si no impera en algún grado el respeto a las leyes; pero es el caso que lo que da más seguridad para que sean respetadas las leyes es que sean respetables. Cuando la ley y la moral se encuentran en contradicción, el ciudadano se encuentra en la cruel disyuntiva de perder la noción de lo moral o de perder el respeto a la ley, dos desgracias tan grandes ...”.

Como consecuencia de no cumplir con estos preceptos nuestro pequeño país se ve eternamente envuelto en las disputas entre un sinnúmero de bandos por el control de la legislación. ¿Acaso alguien piensa que todo el dinero que se gasta en política en este país es el resultado de una epidemia de “filantropía” en la sociedad?

Bastiat claramente establece que el exceso en la legislación fácilmente puede convertirse en un “círculo vicioso” dentro de la sociedad. Un “trepa que sube” político que eventualmente termina con la democracia y las libertades de los ciudadanos. Indica: “En efecto, si la ley se limitara a hacer respetar a todas las personas, todas las libertades y todas las propiedades, si no fuera más que la

organización del derecho individual a la legítima defensa.....el freno a todas las opresiones y explotaciones, ¿puede creerse que íbamos de disputar mucho, entre conciudadanos, a propósito del sufragio (la política) ...?”

Bastiat se preguntaba que si se piensa que la sociedad es tan mala que necesita ser modificada desde la legislatura, entonces ¿cómo es que resulta que las tendencias de los legisladores puedan ser tan buenas? (ya saben, aquellos “angelitos” vestidos de políticos) “¿Acaso los legisladores y sus agentes no forman parte del género humano?”

La Ley de Bastiat es una obra maestra que debe ser leída por todos los ciudadanos conscientes. Gracias a la internet tenemos muchas formas de acceder a sus escritos que no solo se limitan a los efectos legislativos sino también a temas económicos y políticos. Todo se expresa de modo comprensible y sintético, características propias de una persona con la mente aguda. Ahora le sugiero que a través de su “buscador” favorito de la internet ponga el nombre de Frederic Bastiat y le será un deleite para el intelecto y también, posiblemente, haremos mejores legisladores.

8 de septiembre, 2003

El endeudamiento estatal y el sangrar de los pueblos

Pocas cosas son tan destructivas para una sociedad como el endeudamiento del Estado, pero nunca nos damos cuenta hasta que ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto. No nos damos cuenta de que el endeudamiento excesivo que produce la quiebra de los Estados no es producto de una patología social producto de un “ser panameños” o de otra nacionalidad sino que es el producto de un sistema por el cual se permite a un agente estatal (nuestros gobernantes), endeudarse a nombre de nosotros (la sociedad panameña), sin asumir la responsabilidad (personal) por el repago de aquellas obligaciones contraídas con el “poder de su firma”. Aquí se cumple la ley del embudo: las obligaciones son de todos mientras que el gasto, que permite el dinero producto del endeudamiento, lo controlan pocos. El eterno problema de la administración estatal y la perversión de la política: “la concentración de beneficios y la distribución de costos”.

A mí algún día me gustaría hacer una pancarta con la foto de todos los políticos panameños juntos al lado de una enorme tarjeta de crédito y abajo un texto que pregunte: ¿le prestaría usted su tarjeta de crédito a estas personas? Creo que la respuesta unánime de mis lectores sería un “no” rotundo. Sin embargo, tendré que comunicarles la triste noticia: ¡ya lo estamos haciendo!, y en grande. Y los políticos usan el crédito de los ciudadanos bajo el supuesto de “promover el crecimiento del país”, pero en un país cuyo ingreso corriente del Estado apenas alcanza para pagar la planilla del mismo, casi la mitad del presupuesto solo se dedica a pagar deudas pendientes, y este endeudamiento solo contribuye a apalancar el gasto.

Hay que dejar algo claro, en la forma como está organizado el estado panameño la contratación de deuda por un presidente “X” simplemente significa adelantar el ingreso de un futuro presidente “Y”. Al presidente “X” le tocará hacer las obras por las cuales será muy

aplaudido mientras que al presidente “Y” no le tocará más que pagar las deudas contraídas por el gasto del presidente “X”. Con unas reglas de juego así no tiene sentido para ningún presidente “racional”, ser responsable en la contratación de obligaciones, sino todo lo contrario. No ocurre lo mismo con el endeudamiento privado pues en éste las mismas personas que contraen una deuda serán las mismas llamadas a pagar. Con el Estado esto no sucede así, de allí las consecuencias repetidas en todos los lugares del mundo que mantienen los mismos esquemas. Hay que terminar con este sistema pervertido. Y esto solo se logra a través de la limitación del endeudamiento estatal a través de todos los medios posibles.

¿Cómo puede el endeudamiento por parte de una entidad irresponsable (el Estado) afectar nuestro bienestar económico? Bueno, nosotros que somos individuos racionales, calculamos nuestro gasto presente con base en nuestros ingresos futuros, a través de una proyección racional de nuestros ingresos en el futuro, productos de nuestro trabajo y ahorros que podamos lograr. Esto aplica igualmente a los empresarios. El Estado, a través de la contratación irracional de deuda, “infla” el gasto presente y crea un “boom” artificial no basado en un incremento real de la productividad, sino basado en el endeudamiento. Esto distorsiona todos los planes de los ciudadanos que perciben un “ingreso” que en realidad no lo es porque es producto de un endeudamiento que eventualmente tendrá que ser pagado. Así se acelera el gasto de toda la población, apalancado por endeudamientos privados basados en ese ingreso. El resultado es que a la hora de pagar la deuda descubrimos que el “activo” que supuestamente tenía que respaldar el “pasivo” en pagar nunca existió y como consecuencia nos hacemos más pobres. A esto le llamamos: “La Crisis”.

Ahora ¿cómo el endeudamiento por parte de una entidad irresponsable (el Estado) puede afectar la estabilidad política del país? Bueno, vivimos en una democracia y como consecuencia utilizamos nuestro voto para premiar o castigar gobiernos. Hay un problema a

consecuencia del endeudamiento estatal, a menos que la mayoría de los panameños tengamos un doctorado en finanzas públicas para entender la complejidad del asunto, se nos hará imposible realizar un “audito electoral” del gobierno de turno. Y, gracias a nuestra predilección de premiar gobiernos a través de sus “obras” y nada más, estaremos juzgando gobiernos irresponsables como “buenos” y gobiernos responsables como “malos”. Esto trae como resultado una perversión política sin control.

La famosa crisis de la deuda que ha devastado países enteros de nuestra región no es producto de una característica “cultural” de nuestros ciudadanos, sino de un sistema que se ve imposibilitado de establecer los límites claros al crecimiento del Estado. El resultado es un ciclo interminable de crisis que impide el desarrollo de una infraestructura productiva sostenible, imprescindible para el logro de nuestro bienestar. Esto seguirá ocurriendo hasta cuando logremos frenar el crecimiento del monstruo estatal.

29 de septiembre, 2003

Tras 100 años de nuestro "mejor negocio"

Somos ya centenarios y todavía nos cuesta un mundo crear nuestro "mito nacional". ¿Para qué nos independizamos? ¿Existía la tan llamada "nacionalidad panameña"? ¿Somos el producto de la ambición de unos gringos? Todas estas son preguntas que a estas alturas de nuestra historia todavía causan controversia, controversia que no es producto de la falta de hechos comprobables sobre nuestra independencia, sino producto de nuestra obsesión por transformar el hecho de una decisión puramente práctica y correcta, como la de independizarnos de los colombianos, en un acto "extraterrenal" de mártires, próceres, dioses y demonios que nunca lo fue, aunque así se quiera ver.

¿Por qué nos cuesta tanto decir que nuestra independencia fue un "buen negocio" del cual todos nos beneficiamos? No se puede decir lo mismo de muchas independencias o separaciones. Después de la independencia de muchos estados americanos de la metrópoli española lo que sucedió fue el caos y el conflicto político que hasta nuestros días no se ha solucionado. Sin embargo, nosotros los panameños podemos hablar de que después de nuestra independencia lo que sucedió fue la más maravillosa transformación del más empobrecido, apartado y violento departamento de la Gran Colombia a un próspero país comercial con logros en todos los aspectos, entre los que se destacan el triunfo sobre las enfermedades tropicales. No sería exagerado decir que en Panamá se acuñó el término "paraíso tropical". Claro, como todo buen negocio no lo hicimos solos, este fue el producto de una gran cantidad de intereses, y en su conjunto todos "ganaron".

Creo que fue Herbert Hoover el presidente norteamericano quien definió la misión de su país como: "the business of America is business" (el negocio de los Estados Unidos es "negocios"). Frase que resume el pragmatismo que ha hecho de la sociedad norteamericana el experimento político más exitoso de la historia. En ella se

plasma la visión norteamericana de que una sociedad funciona cuando permite a sus ciudadanos buscar su prosperidad por sus propios medios sin verse sometidos a las arbitrariedades de un poder dominante. El "derecho a la felicidad" que está plasmado en su constitución. Un claro contraste de la visión latinoamericana del ciudadano como un "súbdito" de un objetivo todo esotérico llamado "la patria". Aunque hay muchas canciones al respecto, el significado real de la palabra patria, yo no lo sé, pero es algo por lo cual "supuestamente" todos nos debemos "inmolar". Esto es ridículo.

Como resultado en nuestros países nunca cesarán aquellos "vivos" (los caudillos) que ocultos detrás de ese "patrioterismo" nos llevan, cual ovejas a ser trasquiladas, a todo tipo de desgracias. Nacionalismo, la causa de las mayores tragedias en el siglo XX.

10 de noviembre, 2003

En el año que viene

No soy un astrólogo para predecir lo que sucederá este año, ni sería responsable serlo. No soy de esos que se ponen a predecir si el crecimiento económico del país será del “3.1 o del 3.2 %” como muchos economistas osan decir. Sin embargo, es un hecho que en este año tendremos, un primer domingo de mayo, aquella pequeña ventana que se nos da cada cinco años para cambiar a los políticos que nos gobiernan. Ahora, la pregunta que siempre viene después de esto: ¿por quién vas a votar? A esto olímpicamente me lavo las manos y digo: “por el menos malo”. Pero a aquel “menos malo” le tengo algunas sugerencias y predicciones para hacer de este país algo más libre y próspero. Y aquí van algunas:

La primera lección que un gobernante sabio debe aprender es que es muy poco lo que la “acción estatal” puede hacer para “corregir” a la sociedad, pero, por otro lado, es mucho lo que puede hacer para dañarla. No hay más que levantar los libros de historia del mundo para corroborar esta lección. Cuántas catástrofes se han generado gracias a la ambición de los gobernantes de “corregir” la sociedad desde la silla del poder. Esta lección deriva del hecho de que el gobierno (el monopolio del poder) es producto de la misma sociedad a la cual gobierna y no lo contrario. Tratar de girar en sentido opuesto resulta en una perversión de costumbres que, sin lugar a dudas, lleva al descalabro social.

Sobre el principio mencionado se deriva el hecho, sorprendente para muchos políticos cuando terminan los discursos y entran en el “realpolitick”, de que nadie, por dictador y autoritario que sea, gobierna solo. Espero que ninguno de ustedes piense que aquellas donaciones para la campaña solo son el producto de una “epidemia de filantropía”. No debemos sorprendernos cuando descubramos que aquellas buenas intenciones de la campaña electoral, terminan estranguladas en aquella armazón de intereses creados, que resultan en Estados sobre-dimensionados que nos

gobiernan. Triste, pero no debe ser sorpresa, la esencia del poder sin control permite que facciones de individuos sin principios logren enormes rentas a través de la capacidad del gobierno de imponer privilegios. Y no se preocupen, aquellos privilegios llegarán envueltos en cubiertas con las lindas intenciones para “crear trabajo y fomentar el desarrollo”. Temas como los escándalos en la asamblea no han de sorprendernos para nada, ¿qué ha de esperarse cuando se corrompe el espíritu general de las leyes en leyes particulares bajo la rúbrica de “crear más empleos, fomentar la inversión, etc.”?

Creo que fue Thelma King quien mejoró la frase de Lord Acton sobre el poder cuando decía: “el poder no corrompe, desenmascara”. Una cosa es ser un humilde ciudadano fuera del poder, otra es ser un ciudadano humilde dentro del poder. Desde el poder la perspectiva cambia y de hecho el ciudadano que llega deja de ser común. Esto siempre debemos tenerlo claro antes de votar por personas con base en su origen y su afinidad con nosotros. Esta es una distinción que desgraciadamente la democracia borró del antiguo régimen, en aquel era fácil distinguir entre los de adentro y los de afuera.

Uno de los principales ideales libertarios es limitar al gobierno a los mismos principios éticos que utilizamos los ciudadanos comunes y corrientes. Como cuando esperamos para entrar a un cine, nadie propone hacer “sistemas extraordinarios” para determinar el orden de entradas basadas en prioridades “sociales” cualquiera que estas sean. No, porque de ser así el orden natural sería alterado, y por lo tanto se destruye el consenso, iniciando un círculo vicioso de regulaciones aplicadas por la fuerza y arbitrariamente. Aquel es un orden natural que precede a la ley y cuando la ley no va, el caos y la violencia surgirán. Por lo menos las personas que van a ese “cine arbitrario” tienen la facultad de votar con los pies y buscar otro cine. Esa facilidad no la tenemos nosotros con nuestro gobierno, de allí el cuidado que debemos tener en la formulación de leyes.

Como ya dije, no tengo una bola de cristal para predecir el futuro. Pero sí entiendo cómo funciona el ser humano dentro de sistemas establecidos y que cuando la ley no va con el derecho problemas surgirán. Lástima que en un sistema donde las coaliciones políticas son formadas buscando la concentración de beneficios diluyendo su costo entre el mayor número de personas, este ideal se ve seriamente amenazado. Esto seguirá hasta cuando se acabe la carroña que alimenta los buitres; el tamaño y poder del Estado. Es la historia de muchos gobiernos alrededor del mundo que dejándose llevar por la inercia electoral se dirigen inexorablemente al abismo producto de su falta de carácter y liderazgo para frenar las ambiciones. Entonces ¿qué hacer? Bueno, la solución está en dejar de ver al Estado como la solución de los problemas que nosotros no somos capaces de resolver por nuestros medios.

5 de enero, 2004

Las promesas cuestan

Estamos en plena campaña política y nuestros queridos candidatos nos inundan con todo tipo de promesas y propuestas sobre cómo solucionarán nuestros problemas. Todo bien, ¿a quién no le interesa que le solucionen sus problemas? El único "problema" es que nadie se atreve a decir cuál será el costo de solucionar aquellos problemas. Bueno, dirán muchos, durante una campaña no se puede hablar de aquellas cosas. Bueno, aquello es indiscutible, pero siendo yo un ciudadano consciente, aquí les envío otra propuesta que por lo menos nos ayudará a tener un poco más de conciencia sobre los que estamos hablando para las próximas elecciones. Y mi propuesta es la siguiente: diseñar un sistema para medir la eficacia del Estado de una manera comprensible y auditable, una manera similar a como lo hace la empresa privada a través de estados de resultados.

Sucede que por desgracia vivimos en un mundo de infinitas necesidades y limitados recursos. Esta realidad, a los administradores del Estado les puede pasar inadvertida, ya que el costo de sus decisiones (buenas o malas) es cero. Eso por el simple hecho de que su responsabilidad es limitada, en la mayoría de los casos, al puesto que ejercen. Mientras, por el otro lado, su autoridad es abarcadora e ilimitada: nos pueden meter presos (como en la dictadura) o hipotecarnos hasta la forma de caminar (ej: deuda externa) y todo sin asumir responsabilidad individual directa. Sabiendo lo anterior es fácil entender por qué para los políticos es tan fácil "prometer" sin siquiera ponerse nerviosos. No se puede decir lo mismo de un empresario en el sector privado, quien tiene que aportar de sus recursos para satisfacer a los clientes y cumplir las promesas, y eso, se los digo yo, pone muy nervioso.

Sin embargo, el costo del Estado, como el costo de cualquier empresa, es algo muy real, y mal administrado acaba con el país. Un tío que sabe mucho de cómo hacer dinero, a cualquier propuesta de

negocios le decía: los números, ¡dónde están los números! Después de tal intervención a muchos no les quedaba más que callar. Ahora, la misma pregunta se la podemos hacer a nuestros candidatos y les aseguro que el silencio será mayor.

¿Sabían ustedes que nuestros impuestos pagan cerca de 115 millones en planilla del Estado ¡MENSUALMENTE! Bueno, eso lo deben saber los que son "expertos" en finanzas públicas; sin embargo, nadie sabe cuál es el rendimiento (costo-beneficio) de ese gasto. Eso lo sabrá solo el "Todopoderoso" porque ni estándares o metas tenemos con qué medirlos.

Resulta ser que la contabilidad estatal en este país está basada, casi en su totalidad, en un mero control de procedimientos y casi nunca (por no decir jamás) en un control de "resultados" y, lo que sería mejor, en un control de cómo benefician a la sociedad o la perjudican. Sabemos muy poco sobre el rendimiento del gasto estatal en educación (por ejemplo) y qué efectos reales tendrían un aumento o la disminución del gasto estatal en el nivel de lectura y de matemáticas de nuestros niños, por ejemplo. Mientras que nuestra burocracia estatal trabaja con base en "seminarios asistidos" y tiempo de ocupar el puesto y rara vez con base en resultados obtenidos.

Es hasta irresponsable hablar de una 'carrera administrativa' si ni siquiera sabemos hacia dónde deben 'correr' nuestros administradores.

Lo que no se mide no se hace, dice el dicho, y nosotros aquí prometemos resolver los problemas del mundo a través del gasto estatal sin tener idea de cómo medir aquellos resultados. Nos preocupa enormemente la corrupción de los que "roban", pero poca atención le ponemos a la "corrupción legalizada" que significa el despilfarro estatal que igual o peor daño hace. Ninguna empresa sería digna de trabajar sin un sistema de medición de resultados objetivo y fiable. El gobierno obliga a los bancos a publicar su estado

de resultados, auditados, en los periódicos y ¿por qué no hacer lo mismo con los distintos departamentos del gobierno?

Es cierto que esto sería algo innovador para nuestro gobierno al igual que para la mayoría de los gobiernos del mundo, por algo son gobierno, pero hay ejemplos magníficos de como podría llegar a funcionar esto, como es el caso de Nueva Zelanda.

Tenemos que estar conscientes de la realidad que significan las decisiones gubernamentales. Es nuestra obligación como ciudadanos en una democracia. Porque antes de caminar es mejor pensar primero donde ir y en política los números valen más que mil palabras.

23 de febrero, /2004

Promesas de ocasión

¿Qué busco yo con mi voto? ¿Se han hecho esta pregunta? ¿Han sido sinceros al contestarla? En mi opinión creo que nadie ha de pecar contestándola de una manera “egoísta”, o sea: “busco mi beneficio personal”. Nada malo, somos humanos y nuestras vidas están comprometidas en una maraña de dificultades, estamos lejos de ser dioses todopoderosos. Eso es verdad, y debemos tomarlo en cuenta o por lo menos ser honestos al respecto. Digo esto porque ser realistas en este sentido, nos da una perspectiva de los problemas envueltos en la formación de un ente político funcional y exitoso. Nos dará el pragmatismo, base de todos los grandes pensadores políticos de todos los tiempos. Y, lo más importante, nos llevará al descubrimiento de que nuestro bien personal, en una sociedad basada en la división de la labor, está firmemente entrelazado con el bien de cada uno de los individuos que nos acompañan en este mundo y que sólo se acrecentará si sabemos respetar el suyo igual que el de nosotros.

El problema con sobre-idealizar la democracia y sus oficiales por elegir (los candidatos) nos llevará a caer en un error valorativo que va en contra de los principios de los fundadores del sistema republicano democrático. Una democracia republicana se funda, principalmente, en la desconfianza mutua y no lo contrario. “Solo la avaricia cancela la avaricia” como decían los fundadores de la república norteamericana al explicar los fundamentos detrás de la idea de la separación de poderes. El objetivo de la democracia republicana no es utilizar el poder para transformar la sociedad, sino proteger a la sociedad de la propia rapacidad de los seres a quienes les tocará manejar los instrumentos del poder y nada más.

Y así es. Todos tenemos nuestros propios intereses particulares. Aquellos intereses solo pueden ser individuales, o sea, personales. No existe ni nunca ha existido un “interés nacional”. Lo que sí puede existir es un interés de los gobernantes, que muchas veces va

contrario al de los gobernados. Los intereses son siempre cuestión de perspectivas, como decía, no es lo mismo el interés de los gobernantes que el de los gobernados; ni el de un industrial protegido que el de un consumidor; ni el de un sindicalista que el de un desempleado.

El problema con el gobierno es muy simple: el gobierno es el monopolio de la fuerza dentro de una sociedad. A diferencia de cualquier otra institución un Estado no te pregunta si quieres o no pagar los impuestos, los impone, so pena de mandarte a la cárcel en caso contrario. No existen opciones. Ahora, tenemos que estar conscientes de que con nuestro voto intentamos utilizar aquel poder para imponer nuestros intereses a costa del de los demás. Lo mismo sucede viceversa. También sucede con nuestros gobernantes que, por muy “mártires” que se presenten en la campaña, son seres humanos con problemas muy similares a los nuestros pero, una vez llegados al poder, con una perspectiva muy distinta.

El ideal romántico del Estado posiblemente ha sido la idea más vendida del último siglo, esa idea que visualiza al Estado como una unidad de los intereses de todos los habitantes de la nación. “El Estado somos todos”. Idea, cuya implementación trajo incontables desgracias a la humanidad. Desde los millones de campesinos asesinados en Rusia por traicionar el ideal de unidad propiciado por la revolución, hasta los millones de judíos exterminados por ser demasiado diferentes. Esto, pasando por las interminables guerras civiles y revoluciones grandes y pequeñas. Todas en nombre de la unidad nacional de intereses. “Todos como un uno” pero al final siempre termina siendo, “algunos que lo manejan todo”.

Esta idea se nos continúa vendiendo a través de la incontable cantidad de promesas y triunfos que nos promete el Estado y los políticos que lo dominan. El resultado como siempre, es una élite, siempre minoritaria, de personas que se benefician a través de una concentración de beneficios derivados de los recursos generados por

todos nosotros. Élite compuesta ya sea por empleados públicos, políticos, legisladores y todos los secuaces y mal llamados “empresarios” que derivan los frutos del poder a través de concesiones y privilegios. Todo, eso sí, en nombre de un mítico “bienestar nacional”.

Descubramos esto: ser pragmáticos, allí está el principio de la solución. Reconocer nuestros intereses como particulares, separados de cualquier otro interés «supranatural». Entender que nuestro prójimo también tiene sus intereses y respetarlos. Allí están las bases de un sistema político que funciona. Porque al fin y al cabo la solución solo puede estar en uno mismo y el respeto que uno se merece.

26 de abril, 2004.

El cuidado que debemos tener al hablar de la “mala distribución de la riqueza”

¿Es la riqueza distribuible? Una pregunta que merece cuidado, porque su respuesta es mucho menos obvia de lo que pensamos. Es menos obvia, porque la gente al hablar de “riqueza” casi siempre se refiere al dinero ya que con este medio interactúa regularmente. Y no hay duda, el dinero se distribuye con facilidad por la misma razón por la cual es dinero, su “liquidez”. Sin embargo, olvidamos que el dinero, aun en el mejor de los casos, es un medio de intercambio, con el cual contabilizamos el valor de los bienes y productos, los cuales son el resultado de largos y complejos procesos productivos y de una compleja serie de contratos entre individuos, que de homogéneos o líquidos no tienen nada. En una sociedad basada en la división de la labor, el rompimiento por la fuerza de esos contratos (implícito en el intento de distribución de la riqueza por medio de la fuerza del Estado) solo llevará a la destrucción de la capacidad productiva que produce esa riqueza en primer lugar.

Las cosas no siempre son tan simples como se ven. Contaban los historiadores que cuando los “bárbaros” invadieron Roma quedaron maravillados al ver cómo el agua salía de los “grifos” distribuidos por toda la ciudad. Tanto así que decidieron que tal maravilla la debían tener ellos. Saquearon todos los grifos a la vista en Roma para llevárselos para sus lugares de origen. El resultado no hace falta decirlo, insatisfactorio para los pobres bárbaros. El agua que emana de esos grifos, “riqueza tangible”, es solo el resultado de una compleja infraestructura producto de años de desarrollo y trabajo de miles de individuos, no simplemente un grifo del que por arte de magia emana agua. Por desdicha, nosotros como los bárbaros, solo podemos ver la punta del iceberg de tal sistema. De allí el problema.

Nuestra sociedad moderna no solo tiene grifos de agua sino una serie de productos y sistemas infinitamente más complejos de lo que alguna vez soñaron los romanos. Solo pensemos en un pequeño

lápiz. Se han puesto a pensar en las miles de personas y contratos envueltos en su producción. Desde los madereros que décadas atrás decidieron sembrar la madera para tenerla disponible para los aserraderos que la iban a cortar; hasta los lapiceros que lo iban a fabricar; hasta el “chinito” que previendo nuestras necesidades se adelantó para comprar y tener ese lápiz disponible para nosotros. He aquí los ciclos productivos de un simple lápiz expresados de una manera grotescamente simplificada. Ahora, solo pensemos en los ciclos implicados en hacer el auto con el que se transportaron los trabajadores a la fábrica de lápices. Las computadoras con la que organizaron su producción. Etcétera, etcétera.

Después de analizar todo esto, espanta pensar en cómo a los políticos se les ocurre alegremente, la barbaridad de intervenir en todos estos ciclos productivos para asegurar una “mejor distribución de los lápices”. El resultado de tales intervenciones arbitrarias es el desmadre de toda la infraestructura productiva no solo impidiendo la creación de nuevos recursos de capital y la mejor utilización de los ya existentes y asegurando así la pobreza de las mayorías, a costa del beneficio de unas cuantas élites gobernantes. De allí que el común denominador de los países pobres sea la falta de protección de la propiedad privada que implica la violación y el no reconocimiento de los contratos libremente hechos entre individuos; los impedimentos a disponer de la propiedad a discreción del propietario y la confiscación de los bienes de los individuos a través de impuestos establecidos de manera arbitraria.

Evitemos “agregar” la riqueza. Nosotros no pagaremos lo mismo por un auto “con dueño” que por un auto alquilado. Recordemos que el valor de las cosas emana de la capacidad de sus propietarios de disponer de ellas. No es lo mismo el valor de una inversión “amenazada” por altos impuestos que una cuyo valor de sus retornos futuros se conoce. No es lo mismo el valor del trabajo de un individuo cuando él se puede contratar libremente que cuando está condicionado por un código laboral aplicado por terceros. No

nos comamos el cuento que la riqueza es tal un pastel, que ya existe, solo esperando a ser cortado equitativamente. La riqueza es un sistema dinámico en perpetua formación.

Yo siempre he estado convencido de que para ser ciudadanos conscientes es imprescindible conocer lo que implica el proceso productivo y las consecuencias de nuestras acciones dentro de él. Así sabremos que cerrar una calle tiene sus consecuencias. Que votar por alguien que utiliza los dineros de los impuestos para emplanillar a sus asociados tiene sus consecuencias. Que corretear el gran capital, como malhechores, tiene sus consecuencias. Porque la única forma de distribuir la riqueza equitativamente es mediante el establecimiento de leyes de aplicación general que respeten el derecho de todos los individuos a actuar libremente y en paz.

31 de mayo, 2004.

¡Que ironía!

Hace algunas semanas, comienzo el día con una sorpresa muy agradable, voy a abrir mi buzón de correo electrónico y, ¿quién lo iba a creer,? me encuentro que tengo 25 veces el espacio disponible en mi buzón más un sinnúmero de nuevas opciones. ¡Qué bueno! Y pensar que yo ni siquiera lo había pedido. ¡¿Qué más puedo pedir cuando de todas maneras estoy recibiendo el servicio gratuito?! Eso, en un país donde el monopolio postal gubernamental, ni siquiera pagando, te puede encontrar un apartado para ti y qué decir de la permanente incertidumbre de su servicio.

¿Qué es lo que hace que esto sea así? ¿Qué irónico, no? El servicio postal gubernamental con sus más de cien años de estar en el mercado, con su ideario de servicio “universal” de “bien público”, apenas puede brindar un servicio mediocre a las pequeñas élites que tienen la suerte de tener un apartado postal en Panamá mientras, por otro lado, una transnacional sin siquiera habérselo pedido y sin ninguna ley nacional o internacional que la obligue, nos da un servicio cada vez mejor ofreciendo productos que hace solo diez años ni siquiera era posible imaginárselos y mucho menos exigirlos, ofreciéndolos de una forma tan universal que ni tu nacionalidad, estatus social, ni siquiera tu nombre importan para adquirir todas estas ventajas.

¿Se acuerdan ustedes cuando tener celular era un símbolo de estatus en este país? Y así me puedo extender comparando los servicios en el sector privado con los servicios estatales. Casi es una norma que en el sector privado todos los días nos encontramos con mejoras y nuevas ventajas que ni siquiera hubieran podido haber sido pensadas por los agentes estatales. ¿Quién ha ido al cine últimamente? ¿Se han dado cuenta de cómo han mejorado las salas? Ojalá que los hospitales públicos puedan ofrecer la mitad de las mejoras que algo tan trivial como los cines locales ofrecen. Y qué decir de las escuelas públicas? un servicio tiene que ser muy malo

cuando aun, siendo el servicio gratuito, la gente prefiere pagar para obtener algo mejor en el sector privado.

La razón de este fenómeno deriva de un simple hecho, que a diferencia de los servicios estatales, los servicios del sector privado no regulado solo se pueden ganar el favor del público ofreciendo más calidad y mejor precio que su alternativa. Mientras que en el sector público eso: ¡qué importa! Los clientes son literalmente cautivos como lo puede atestiguar la clase media panameña, que a pesar de que ya ha pagado la cuota del CSS, todavía tiene que pagar otro seguro privado para asegurarse su salud. ¿Se imaginan ustedes ir de madrugada a un cine para conseguir una cita para ir a ver la película “El Señor de los Anillos”, cita que dan para el mes siguiente, como lo tienen que hacer los miles de usuarios de la CSS para conseguir sus citas médicas?

El problema es que, a diferencia del sector privado no regulado, el costo de las decisiones en el sector público es “cero”, lo que significa que para el sector estatal las consecuencias de tomar malas decisiones es “cero”, debido a que sus clientes no tienen la opción de cambiar de Estado, por lo menos a un costo razonable. Esto a diferencia del sector privado no regulado, donde si, por ejemplo, tengo que esperar de madrugada para conseguir cupo para una película, bueno, me cambio de cine y basta. Así, en cuanto al servicio de correo electrónico, la compañía no tuvo más opción que mejorarlo substancialmente porque sabía que sus clientes, en cualquier momento, se podían mover a la competencia a un tremendo costo para sus accionistas. En el caso del Estado, este problema se resuelve mandándote un “policía” para impedir tu “deserción” como cliente.

Gracias a Dios que la Internet todavía no se considera un servicio de índole “social”, lo que en términos prácticos significaría un servicio fuertemente racionado y de mala calidad. Suerte que los cines todavía son considerados un lujo, y que no merecen ser

regulados lo que significa que constantemente vamos a tener mejores salas a buenos precios y con disponibilidad permanente. Que tragedia que la salud y la educación son considerados “sociales”, lo que significa intromisión política, mala calidad, permanente falta de disponibilidad, y una eterna “crisis” en ambos sectores.

Yo sueño con que un día, se pueda escuchar a todos los padres de familia de este país diciendo: “cómo ha mejorado la educación de mi hijo”. Sueño que un día todos los trabajadores puedan maravillarse de cómo mejora la atención de salud que reciben. Pero mientras el Estado siga metiendo sus garras en esos sectores veremos que lo único que mejora en este país será la calidad de los lujos superfluos tales como las cervezas y las salas de cine. ¡Qué ironía!

27 de julio, 2004

La mano que mece la cuna

Nosotros tenemos la mala costumbre de atribuir el buen o mal estado de nuestra economía a las gestiones presidenciales vigentes. Gracias a Dios nuestros gobernantes tienen un efecto mínimo sobre nuestra macroeconomía y eso no debe cambiar. Que si el famoso “efecto Mireya” y demás. Pero en efecto, ni la “crisis” de 2000 fue culpa del “efecto Mireya”, ni el “mini boom” de 2004 fue gracias al mismo. Mejor relacionarlos con el dueño del control sobre la “maquinista” de hacer dinero. Por eso, en el futuro, será mejor que empecemos a hablar acerca del “efecto Greenspan”, el flamante jefe de la Reserva Federal de EEUU.

¿Entonces, qué puede hacer este hombre en favor o en contra de nosotros? Por ejemplo, él es el culpable de que tus ahorros te den menos que la tasa de inflación, lo que te hace salir desesperado a ver dónde colocas tu dinero. Porque en un mundo de permanente baja en el “costo” del dinero, la especulación financiera se convierte en el negocio “redondo”. Durante este período, pedir prestado a corto plazo para darlo a largo fue un negocio en que casi no se podía “perder”. Hasta ahora.

Estamos al final de una era de casi veinte años cuando, en el sector financiero, la ley de la oferta y la demanda parece haber sido abolida por la Reserva Federal, ya que aun con el espectacular crecimiento del crédito público y privado alrededor del mundo, los “intereses” (costos) de ese crédito parecen desplomarse a niveles históricos. Así, se ha perdido el control sobre la creación de dinero en el mundo. Y nosotros, en Panamá, estamos en medio de esa tormenta.

Este tipo de políticas ha tenido consecuencias palpables en la forma como se han estructurado las economías alrededor del mundo. EE.UU, lo mismo que muchas economías emergentes afiliadas al dólar, como nosotros, se ha convertido en deudora crónica. La tasa

de ahorros que en los EE.UU. siempre se mantuvo en sus márgenes históricos del 7 al 10% ahora se ha convertido en un negativo: menos 1.5%. Este “des-ahorro” se ha convertido en un endeudamiento público-privado crónico alcanzando una razón de deuda a PIB, en los EE. UU, de un impresionante 299%. Se establece un déficit comercial crónico que ya casi alcanza el 6% del PIB anual. Con la destrucción de los ahorros, es lógica consecuencia la destrucción de la base industrial haciendo de la inversión en activos tangibles algo poco rentable y aburrido. El 44% de las ganancias empresariales en los EE.UU. provienen de operaciones financieras.

Para entender las consecuencias a largo plazo de este fenómeno, hay que entender ciertos principios que en muy pocas palabras son: toda economía y, por ende, la economía del mundo, tiene su capacidad limitada de producción y por lo tanto de consumo; esa producción depende de los recursos naturales disponibles; el trabajo, en conjunto con el conocimiento y las herramientas (capital), se transforma en recursos útiles (consumibles); y aumentar aquellos límites lleva tiempo y sacrificio ya que no son instantáneos sino que pueden tardar décadas. Ninguna manipulación fiscal o financiero-monetary puede cambiar esa realidad. Si queremos aumentar nuestro consumo por encima de aquellos límites solo se podrá hacer a expensas de sacrificar nuestra productividad (consumo) futura. Y eso es precisamente lo que hemos hecho.

La clásica historia de las inflaciones ha sido que todas ellas han sido precedidas de períodos de bienestar y consumo sin precedentes. Como cualquier drogadicto te puede decir: “al principio todo se sentía muy bien”. Pero luego ocurren las burbujas financieras como los famosos “punto com”; las crisis de Argentina, México y Asia; y ahora las burbujas hipotecarias. Hoy, un espectacular aumento en los precios de las materias primas indica que ya estamos llegando al “hueso” y se empieza a manifestar lo que entendemos como una inflación clásica. Simplemente, no hay más de dónde sacar.

Si no cambian curso pronto, quedaremos como la persona que compró un auto nuevo solo para quedarse sin recursos para comprar la gasolina. Nuestro crecimiento está lejos de ser “sostenible”. El tal anunciado “crecimiento” de la economía panameña puede estar basado en premisas sobre el valor del capital que no son reales. Valor, que Greenspan, cual ilusionista, nos ha estado ocultando con su “efecto” maravilloso.

¿Hasta dónde le llegará su magia? ¿Será este el acto final de esta tragedia? Eso sí, por lo menos de esa culpa debemos dispensar a nuestros gobernantes. ¿Y ahora? Bueno, entender las cosas por lo que son, es lo que mejor podemos hacer para salvarnos.

25 de octubre, 2004

El otro Centenario

En días pasados, la Fundación Libertad organizó un evento que a los panameños asistentes nos hizo pensar en algo sobre lo que reparamos poco y es nuestro, el muy envidiado y estudiado sistema financiero y monetario. Y sí, Panamá brilla sobresaliente en todas las evaluaciones de libertad económica, así como en el segmento de libertad y estabilidad monetaria. Panamá por más de 100 años ha tenido una estabilidad financiero-monetaria que es la envidia de casi todo el mundo en desarrollo. Y todo esto con una mínima intervención estatal, tanto así, que los panameños ni siquiera nos detenemos a pensar al respecto, muy al contrario de países vecinos donde los informes de la situación de la “cuenta corriente nacional”, o los ingresos y egresos del país, hacen temblar “hasta al taxista”, como me decía un amigo ecuatoriano.

Y usted ahora se preguntará ¿cuál es la “cuenta corriente nacional” de Panamá? A lo que yo contesto “¡¡¡sepala!!!”. Ni tampoco me interesa porque no es importante. Gracias a Dios, aquí lo que me importa es la cuenta corriente mía, como a usted solo le tiene que interesar la cuenta corriente suya, y nada más.

Mis deudas y mis ingresos son mis deudas y mis ingresos; tus deudas y tus ingresos son tus deudas y tus ingresos. Creo que el economista Juan Luis Moreno es quien mejor describe el secreto del éxito del sistema panameño, al decir que, a diferencia de otros países, las reservas de moneda extranjera las llevamos los panameños en nuestros bolsillos. Qué contraste con otros países de la región donde las “divisas” extranjeras ingresan a un gran “bolsillo nacional”, claro está, controlado por toda una serie de grupos de presión. El error está en pensar en “agregados” como comentaba Robert Higgs. Eso de las “estadísticas nacionales” confunden a los países con las personas. No hay tal cosa como exportaciones argentinas o panameñas. Existen exportaciones de Juan González, cultivador de soja argentino, que le vende a John Doe, importador gringo.

Los países no comercian, son las personas las que lo hacen, como decía Rigoberto Steward. El problema está cuando los gobiernos colectivizan el comercio internacional de su país utilizando divisas ganadas por sus exportadores para apalancar una moneda nacional, importaciones, créditos internacionales a instituciones y personas que poco tienen que ver con esa generación de riqueza exportable. Así, el cálculo económico se hace imposible. El oportunismo cunde. Y la “crisis” es solo cuestión de tiempo.

En una brillante presentación el doctor Antony Mueller exponía lo imposible que es para los bancos centrales calcular la oferta y demanda de dinero en el sistema, eso aplica a la administración cambiaria. No tienen las mismas necesidades de divisas un Juan González exportador de soja, un jubilado que vive de una pensión y un industrial protegido. Esto hace de un sistema inmensamente complicado e inmanejable en el que para beneficiar a uno daña al otro. El tráfico de influencias, en vez de la creación de riquezas, se convierte en la industria del momento. El doctor Arnold Harberger hablaba de que no todos los países requieren de un tipo de cambio similar, sí, pero a esto se debe agregar: lo mismo aplica para cada individuo. Nuestras necesidades son distintas. No confundamos a los países con las personas como mal hace el notable.

La clave del sistema panameño es la “banca libre”. Libre de establecer relaciones financieras con el mundo. Integrada al mundo. Nuestro uso del dólar de EE.UU. es solamente un caso fortuito producto del hecho que vivimos en un área y en un tiempo donde el comercio se cotiza en dólares. Los bancos funcionan como intermediarios garantes de la liquidez y fluidez del sistema, de su integración al mundo. Su calidad se basa en su flexibilidad. Y su flexibilidad proviene de su libertad de actuar.

¿Está la legislación panameña en capacidad de ser garante de contratos pagaderos en monedas que no sean dólares, tales como Euro u oro?, se preguntaba el licenciado Carlos E. González R.

Esto seguido de una exposición del doctor Richard Rahn acerca del nuevo mundo de “contratos digitales”, donde un país como Panamá puede adelantarse y tomar grandes ventajas. Hay que recordar que los tiempos cambian y el sistema debe estar en capacidad para adaptarse. También, como decía el doctor Marc Miles, tal como un auto puede tener un gran motor pero sin llantas no anda, la economía no-financiera panameña debe tener la misma flexibilidad para armonizar con el sector financiero.

Solo he querido compartir algunas de mis anotaciones de ese día. Y definitivamente me he quedado cortísimo. ¡Fueron catorce conferencias! Un verdadero festín del intelecto, a través de análisis profundos y propuestas coherentes hemos podido comprender un poco más cómo funciona nuestro sistema financiero para así poder continuar sobre bases sólidas y no sobre propuestas pasajeras. Espero que se repita.

22 de noviembre, 2004

El salario mínimo y la pobreza

En días recientes se anunció la posible convocatoria de la comisión de salario mínimo. Esto se hacía con la premisa de que el salario mínimo debe ajustarse de acuerdo con las “nuevas circunstancias del costo de vida”. Con tal alegre premisa, se asume que un salario no es mas que una gratificación, que se otorga de forma condeciente, tal dioses justicieros y bondadosos. ¡Qué feliz sería la vida si las cosas fueran así de fáciles, decretemos que nadie pueda ganar por debajo de sus necesidades y presto, la pobreza está resuelta! ¡Que ilusorio! No solo es lo suficientemente irónico estar pensando en subir el salario mínimo en el país que tiene los más altos índices de desempleo en la región, sino que es completamente demencial pensar que uno podrá estar aliviando la pobreza de esa manera. Muy por el contrario, me atrevo a decir que el salario mínimo y su acompañante El código de Trabajo, son la principal causa de la perpetuación de la pobreza en Panamá.

Estadísticamente, existe un 13% de personas desempleadas en Panamá. Sin embargo, esta cifra, que ya es suficientemente alta, es la punta de un iceberg gigantesco que representa el porcentaje de personas excluidas de la “división del trabajo” en Panamá que representan hasta un 40% de la población nacional y en donde sin duda están los más pobres de entre los pobres. Esto es lo que se llama, técnicamente, la “economía informal”. Sucede que los encuestadores del empleo, para determinar si una persona está desempleada o no, preguntan si uno esta trabajando y si digo que no entonces preguntan si he estado buscando empleo durante los últimos meses, y si respondo que sí , entonces entro en el 13% de desempleo; y si respondo que no, entonces me excluyen. Sucede que existen muchas personas que ya hace tiempo han perdido la esperanza de encontrar un empleo formal y estable si es que alguna vez pensaron en hacerlo. Esas personas entran en una categoría bastante ambigua llamada la clase “informal”. Esta es una clase que se extiende desde los buhoneros hasta los campesinos de subsistencia, incluida la

clase indígena. Y ellos son los más pobres entre los pobres.

¿Qué es la división del trabajo? Resulta que ninguno de nosotros, por capacitado que sea puede ser autosuficiente sin empobrecerse substancialmente. ¿Quién de nosotros puede ser autosuficiente y producir todo: vestidos, alimentos, transportes, cual si fuera un náufrago en una isla desierta? El hecho de que podamos disfrutar de tantos recursos, a los que llamamos riqueza, representa que cada uno de nosotros desarrolla una labor especializada, en la que uno puede ser el más productivo, para luego intercambiar la producción por otros elementos que necesita. La transformación de productos que nos da el planeta no es un proceso automático, sino que requiere de un enorme sistema de contratos a través de la división del trabajo que es la economía nacional y global.

Los salarios son el producto de todo ese sistema, la contribución que cada uno puede aportar a esa “producción” e intercambio. Esto no es justo o injusto, simplemente es “así” y nada más. Como un náufrago en una isla desierta, uno no puede esperar consumir más de lo que produce porque si lo hace eventualmente queda sin nada. Lo mismo aplica a un país y al mundo entero. Hay que entender que la pobreza es algo natural que se produce sin esfuerzo mientras que la riqueza solo puede ser el producto de la labor y del ingenio del ser humano, con la colaboración a través de la división del trabajo.

Ahora, ¿qué tal si prohibimos a las personas establecer contratos por debajo de un “precio requerido”? Bueno, simplemente estaremos prohibiendo la entrada al sistema de la división del trabajo a personas cuyo aporte tiene un valor inferior a ese límite. Los estamos convirtiendo en náufragos dentro de su propia sociedad.

La marginalidad, el crimen y la pérdida de capacidad asociativa entre los grupos que menos tienen son las verdaderas consecuencias del salario mínimo, aparte del desempleo. ¿Y qué decir de la pérdida

de la ética de trabajo? Y, aunque suene contradictorio, no se protegerá al trabajador de la explotación y menos se le asegurará una canasta básica. Simplemente el que no puede producir lo suficiente se queda sin empleo y sin nada. ¿Y en cuanto a la explotación? Si fuera tan rentable explotar a un trabajador, como dicen: ¿por qué hay tanto trabajador sin empleo o sin ser “explotado”?

Bueno, para un funcionario no hay problema, el desempleo solo crea una excusa más para aumentar el gasto público, la deuda y los impuestos; así se garantiza su propio empleo.

17 de enero, 2005

¿Modelo económico de Panamá?

¿Se acuerdan de este chiste? Un político fue a un pueblo y dijo: "amado pueblo, les prometo que les construiré un puente"; y la gente contestó: "pero aquí no hay ríos". Luego el político dijo: "bueno, les haré un río". Bueno, estimado lector, este es nuestro verdadero modelo económico: hacer ríos para luego forzar la necesidad de hacer puentes. Suena una exageración, pero como todo chiste, lleva implícito una dosis de verdad muy profunda en que se fundamenta el real-politick panameño o esta madeja de legislaciones abultadas hechas a la carrera, regulaciones, impuestos para luego producir la necesidad de excepciones, permisos, privilegios otorgados con la excusa de solucionar los problemas que precisamente son consecuencia de esas leyes y regulaciones. El resultado de todo esto es hacer de la política y los políticos imprescindibles en la vida de cada panameño que solo se quiere ganar el pan y hacer algo con su vida. Es el cumplimiento de la regla número uno del político exitoso: hacerse necesario a como dé lugar.

Para muestra: el desempleo. ¡Oh maldito desempleo! Primero se crea un código laboral que hace costosísima la contratación. El desempleo surge como consecuencia y, comienza el baile. Ahora, con la excusa de "solucionar el problema del desempleo" en este país se han cometido todo tipo de aberraciones legales, fiscales, impositivas y financieras que a la fértil imaginación de los políticos con su clientela se les ha podido ocurrir. Solo vean toda esa maquinaria de contrataciones y nombramientos que los partidos políticos han instalado para asegurar la lealtad de sus seguidores. Ese "espacio político" que dentro de la inmensamente abultada planilla estatal forja la base de dominio de los partidos políticos dominantes sobre sus agremiados y el sistema de favores en que se basa su estructura. Pero eso es solo el comienzo, ahora viene la legislación: ¿Qué tal unos intereses preferenciales para solucionar el problema de la vivienda y al mismo tiempo combatir el "desempleo"? O, posiblemente, ¿un contrato con la nación para estimular la creación de nuevas industrias y así solucionar el "desempleo"? "¿Aranceles? Para así proteger industrias y

evitar que aumente el «desempleo». O, excepciones de aranceles para promover la inversión en sectores que son el futuro del país y así promover el «empleo». «Para promover la construcción, y así ayudar a mitigar el desempleo, eliminemos los impuestos a las nuevas casas y se los ponemos a las viejas"..., etcétera, etcétera y más etcéteras.

Lo mismo ocurre con cualquier otro sector de la vida nacional. Esto es todo un sistema de favores y favorecidos en la que nadie ni nada se escapa de la esfera de influencia de las maquinarias políticas dominantes. Todos tarde o temprano necesitarán un favor de esta maquinaria política y por lo menos tendrán que tener cuidado de lo que dice. Para los políticos este modelo es fabuloso, los convierte en personas imprescindibles. Personas a quienes todos los ciudadanos, por más que los critiquen y detesten, algún día terminarán pidiéndoles "favores".

Parece bastante claro que todo este sistema produce distorsiones y todo tipo de engendros. Pero la peor de las distorsiones, en mi opinión, es la muy asentada noción, en la sociedad panameña, de depositar sus esperanzas de un mejor mañana en el discurso de un político. ¡Qué fallo! Si aprendiéramos que la solución solo se puede encontrar en nosotros. Y pensar que muchos de los problemas nacionales serían mucho más fáciles de resolver de lo que se piensa, si solo nuestros políticos estuvieran dispuestos a renunciar a sus ambiciones de poder, pero aquel modelo aún se mantiene vigente.

28 de marzo, 2005